

El anarquismo social

ESCRITOS DE BAKUNIN
Y MALATESTA

El anarquismo social.

Escritos de Bakunin y Malatesta

2^{da}. edición - Corregida y revisada - Buenos Aires.

Ediciones Hijos del Pueblo, 2009. 72 p.; 21 x 14,9 cm.



Ediciones Hijos del Pueblo

E-MAIL | redlibertaria@riseup.net

WEB | www.redlibertaria.com.ar

Capital Federal, Argentina

Impreso en la Argentina

Primera edición: Septiembre 2009

La reproducción de este folleto, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y alentada por los editores.

Versión digital disponible en:

http://www.redlibertaria.com.ar/files/biblioteca_virtual/el_anarquismo_social.pdf



El anarquismo social

ESCRITOS DE BAKUNIN
Y MALATESTA

Presentación

Mikhail Bakunin (1814-1876) y Errico Malatesta (1853-1932) han sido dos de los más grandes revolucionarios que actuaron dentro de las filas anarquistas. Ambos fueron grandes militantes, hombres de acción y organización, siempre dispuestos a la lucha en todos sus planos. Han levantado barricadas, pero también organizaciones obreras. Sus ideas circularon tanto en la prensa anarquista y obrera como en la tribuna.

Ambos vivieron la etapa de consolidación del anarquismo como movimiento político-social de características revolucionarias y como tales han planteado de manera original varios de los problemas de la militancia ácrata. Pero su pensamiento no fue elaborado en laboratorios, sino que fue un pensamiento vivo, elaborado en base al ensayo y el error de la práctica propia. Por esta razón es tan difícil abordarlos sin pensar en sus prácticas.

Con ellos -junto con cientos de compañeros, la mayoría de ellos anónimos- se conformó el anarquismo social, militante, que no solo analiza las posibilidades y desea la emancipación humana, sino que actúa para conseguirla, distinto del anarquismo filosófico o contemplativo.

Los textos que presentamos han sido escritos hace más de 80 años. Sin embargo los problemas que plantean, sus teorizaciones, tienen vigencia y sirven como disparadores para pensar nuestra práctica revolucionaria hoy. Esto los constituye en clásicos del anarquismo.

Este cuadernillo fue armado en base a compilaciones de los dos autores: para el ruso nos basamos en la hecha por el anarcosindicalista ruso G. P. Maximoff, editada en el libro *Escritos de filosofía política*¹ y en *La libertad. Obras escogidas de Bakunin*². Para el italiano, el volumen de Vernon Richards, *Malatesta. Pensamiento y acción revolucionarios*³. El mismo fue hecho para utilizar en el taller de lectura y debate “El anarquismo social: el pensamiento y la acción de Bakunin y Malatesta”, entre el 9 de abril y el 14 de mayo de 2008, organizado por Red Libertaria de Buenos Aires. Esperamos que su lectura sea tan provechosa como lo ha sido para nosotras y nosotros.

¡Salud y R.S.!

¡Arriba los que luchan!

1 Mijail Bakunin, *Escritos de filosofía política*, dos tomos, editorial Altaya, 1997, Barcelona.

2 S/A *La Libertad. Obras escogidas de Bakunin*, AGEBE, Buenos Aires, 2005

3 Vernon Richards *Malatesta. Pensamiento y acción revolucionarios*, Tupac Ediciones, Buenos Aires, 2007.

Crítica a la sociedad existente

Los siguientes textos, son fragmentos de distintos escritos de Bakunin compilados por el anarcosindicalista ruso exiliado en Estados Unidos G. P. Maximoff. Los mismos fueron publicados en un libro llamado *Crítica a la sociedad existente*. En los mismos se sintetizan las ideas de Bakunin sobre el capitalismo y su desarrollo y sobre el Estado y la estructura de dominación política. De este análisis se extraen las conclusiones de la necesidad de desarrollar la Revolución Social.

Los filósofos doctrinarios, como los juristas y economistas, suponen siempre que la propiedad surgió antes de aparecer el Estado. Pero es evidente que la idea jurídica de la propiedad, como la ley familiar, sólo pudo surgir históricamente dentro del Estado, cuyo primer acto inevitable fue el establecimiento de esta ley y de la propiedad.⁴

La propiedad es un Dios. Este Dios tiene ya su teología (denominada Política y Derecho), y también su moralidad, cuya más adecuada expresión se resume en la frase: «Este hombre vale mucho».

Teología y metafísica de la propiedad. El Dios propiedad tiene también su metafísica: es la ciencia de los economistas burgueses. Como cualquier metafísica, es una especie de oscuridad crepuscular, un compromiso entre la verdad y la falsedad, del cual se beneficia esta última. Intenta proporcionar a la falsedad el aspecto de la verdad, y conduce la verdad a la falsedad. La economía política busca santificar la propiedad a través del trabajo y presentarla como realización o fruto del trabajo. Porque el trabajo humano es sagrado, y todo cuanto se base en él es bueno, justo, moral humano, legítimo. Sin embargo, es preciso tener una fe terca para tragarse esta doctrina pues vemos a la gran mayoría de los obreros privados de toda propiedad. Y lo que es más, tenemos las confesiones de los economistas y sus propias pruebas científicas en el sentido de que bajo la actual organización económica, tan apasionadamente defendida por ellos, las masas *jamás accederán a la propiedad*, en consecuencia, su trabajo no las emancipa ni las ennoblece, porque a pesar de él están condenadas a permanecer sin propiedad para siempre, es decir, fuera de la moralidad y la humanidad.

Sólo el trabajo no-productivo desemboca en la propiedad. Por otra parte, vemos que los más ricos propietarios, por consiguiente los ciudadanos más valiosos, humanos, morales y respetables, son precisamente los que menos trabajan o los que no trabajan en absoluto. Se suele responder que actualmente un hombre no puede seguir siendo rico, preservar y menos aun incrementar sus posesiones sin trabajar. Por eso mismo vale la pena ponerse de acuerdo sobre el uso adecuado de la palabra *trabajo*: hay trabajo y trabajo. Hay trabajo productivo y trabajo explotador.

⁴ El Imperio lático-germánico y la revolución social.

El primero es el esfuerzo del proletariado; el segundo es el de los propietarios. El que se embolsa el producto de tierras cultivadas por otro, se limita a explotar su trabajo, y el que incrementa el valor de su capital con la industria y el comercio, explota el trabajo de otros. Los bancos que se enriquecen como resultado de miles de transacciones crediticias, los especuladores de la Bolsa, los tenedores de acciones que obtienen grandes dividendos sin levantar el dedo; Napoleón III, que se hizo tan rico que fue capaz de enriquecer a todos sus protegidos; el Kaiser Guillermo que, orgulloso de sus victorias, se está preparando para confiscar miles de millones a la pobre y desgraciada Francia y que ya se ha hecho rico y está enriqueciendo a sus soldados con el botín; todas esas personas son trabajadores, ¡pero qué tipos de trabajadores! salteadores de caminos. Los ladrones y los que se dedican al simple hurto son «trabajadores» en mucha mayor medida, porque a fin de enriquecerse a su manera, deben «trabajar» con sus manos.

Es evidente para todos los que no estén ciegos en este tema que el trabajo productivo crea riqueza y entrega a los productores sólo miseria; mientras que el trabajo no productivo y explotador es el único capaz de otorgar propiedad, y como la propiedad es moralidad, se deduce de ello que *la moralidad, según la entienden los burgueses, consiste en explotar el trabajo de otro.*⁵

La propiedad y el capital son esencialmente explotadores del trabajo. ¿Es necesario repetir aquí los argumentos irrefutables del socialismo, que ningún economista burgués ha conseguido refutar hasta el presente? ¿Qué son la propiedad, el capital en su forma contemporánea? Para el capitalista y el propietario significan el poder y el derecho, garantizados por el Estado, de vivir sin trabajar y puesto que ni la propiedad ni el capital producen nada cuando no están fertilizados por el trabajo, esto significa poder y derecho para vivir explotando el trabajo de otro, derecho a explotar el trabajo de quienes no poseen propiedad ni capital y se encuentran, por lo tanto, forzados a vender su fuerza productiva a los afortunados propietarios.

[...]

El monopolio clasista de los medios de producción es un mal básico. ¿Puede significar la emancipación del trabajo algo distinto de su liberación del yugo de la propiedad y el capital? ¿Y cómo podemos impedir que ambos dominen y exploten el trabajo cuando, separados de él, son el monopolio de una clase que continúa oprimiendo al mundo del trabajo cobrando las rentas de la tierra. Y los intereses del capital sin necesidad de trabajar para vivir, debido precisamente al uso exclusivo de ese capital y esa propiedad? Tal clase, que extrae su fuerza de su propia posición monopolística, se apodera de todos los beneficios de las empresas industriales y comerciales, dejando a los obreros -oprimidos por la competencia mutua en torno a los empleos a que se ven obligados- solo el mínimo necesario para no morir de hambre.

Ninguna ley política o jurídica, por severa que sea, puede evitar esta dominación y explotación; ninguna ley puede enfrentarse al poder de este hecho profundamente enraizado; ninguna puede evitar que esta situación produzca sus resultados naturales. De aquí se deduce que mientras existan la propiedad y el capital, por una parte, y el trabajo por la otra, constituyendo los primeros la clase burguesa y el segundo el proletariado, el obrero será el esclavo y el burgués el amo.⁶

[...]

Tendencias generales del capitalismo. La producción capitalista y la especulación bancaria -que a la larga devora esta producción- deben ampliarse sin cesar a expensas de las

5 Íbid.

6 *Informe de la Comisión sobre el derecho a la herencia.*

empresas especulativas y productivas menores tragadas por ellas; deben convertirse en unos pocos monopolios universales con poder sobre toda la tierra.⁷

En el campo económico, la competencia destruye y devora a las empresas capitalistas, fábricas, fincas rústicas y casas comerciales pequeñas y medias en beneficio de concentraciones capitalistas, empresas industriales y firmas mercantiles de grandes dimensiones.⁸

Creciente concentración de la riqueza. Esta riqueza es exclusiva y cada día tiende a serlo más, concentrándose en manos de un número cada vez más pequeño de personas y arrojando al estrato inferior de la clase media -la pequeña burguesía- al estatuto del proletariado, con lo cual el desarrollo de esta riqueza está directamente ligado a la pobreza creciente de las masas de trabajadores. De aquí se deduce que el abismo establecido entre la minoría afortunada y privilegiada y los millones de trabajadores que mantienen a esta minoría mediante su propio trabajo se amplía sin cesar, y que cuanto más ricos se hacen los explotadores del trabajo, más miserable va pasando a ser la gran masa de trabajadores.⁹

Proletarización del campesinado. La pequeña propiedad campesina, abrumada por deudas, hipotecas, impuestos y todo tipo de recaudaciones, se derrite y escapa del propietario ayudando a redondear las posesiones siempre crecientes de los grandes terratenientes; una ley económica inevitable fuerza al campesinado a entrar en las filas del proletariado.¹⁰

La explotación es la esencia del capitalismo. Supongamos incluso, como defienden los economistas burgueses -y con ellos todos los abogados, todos los adoradores y creyentes en el derecho jurídico, todos los sacerdotes del código civil y penal-, que esta relación económica entre explotador y explotado es enteramente legítima y constituyen la consecuencia inevitable, el producto de una ley social eterna e indestructible. De todas formas, seguirá siendo cierto siempre que la explotación excluye la hermandad y la igualdad para los explotados.

Los obreros, forzados a vender su trabajo. No hace falta decir que excluye la igualdad económica. Supongamos que yo soy el obrero y que tú eres mi patrón. Si ofrezco mi trabajo al precio más bajo y permito que vivas de él no es ciertamente por devoción o por un amor fraterno. Y ningún economista burgués se atrevería a decirlo, aunque su razonamiento se haga idílico e ingenuo cuando comienza a hablar de los afectos recíprocos y las relaciones mutuas que *debieran* existir entre patronos y empleados. Lo hago por mi familia y para no morir de hambre. En consecuencia, me veo *forzado* a venderte mi trabajo al precio más baja posible, y me veo *forzado* a ello por la amenaza del hambre.

Vender la fuerza de trabajo no es una transacción libre. Pero -nos dicen los economistas- los propietarios, capitalistas y patronos *también* se ven forzados a buscar y comprar el trabajo del proletariado. Sí, es cierto, se ven forzados a ello, *pero no en la misma medida*. De haber existido igualdad entre quienes ofrecen su trabajo y quienes lo compran, entre la necesidad de vender el propio trabajo y la necesidad de comprarlo, no existirían la esclavitud ni la miseria del proletariado. Pero entonces tampoco existirían los

7 *Estatismo y anarquía.*

8 *Ibid.*

9 *Educación Integral.*

10 *El Imperio látigo-germánico y la revolución social.*

capitalistas, ni los propietarios, ni el proletariado, ni los ricos, ni los pobres: sólo habría trabajadores. Precisamente porque tal igualdad no existe, tenemos y estamos destinados a seguir teniendo explotadores.

El crecimiento del proletariado desborda la capacidad productiva del capitalismo.

Esta igualdad no existe porque en la sociedad moderna, donde la riqueza se produce gracias a los salarios que el capital paga al trabajo, el crecimiento de la población desborda la capacidad productiva del capitalismo, lo cual desemboca en que el suministro de trabajo excede necesariamente la demanda y conduce a un hundimiento relativo en el nivel de salarios. La producción así constituida, monopolizada y explotada por capital burgués, se ve empujada por la competencia entre capitalistas a concentrarse cada vez más en manos de un número progresivamente menor de capitalistas poderosos, o en manos de compañías por acciones, cuya acumulación de capital les permite ser más poderosas que los más grandes capitalistas aislados (los capitalistas pequeños y medianos, incapaces de producir al mismo precio que los grandes capitalistas, sucumben naturalmente en esta lucha a muerte). Por otra parte, todas las empresas se ven forzadas por la competencia misma a vender sus productos al precio más bajo posible.

El monopolio capitalista sólo puede alcanzar este doble resultado forzando la desaparición de un número creciente de capitalistas pequeños o medios, especuladores, comerciantes o industriales, y lanzándoles al mundo del proletariado explotado, mientras al mismo tiempo rebaja dividendos cada vez mayores de los salarios de ese mismo proletariado.

La creciente competencia en la búsqueda de trabajo fuerza el descenso en los niveles salariales. Por otra parte, la masa del proletariado, al crecer como resultado del incremento general de la población -cosa que, como sabemos, ni siquiera la pobreza puede detener eficazmente- y a través de la creciente proletarización de la pequeña burguesía, ex-propietarios, capitalistas, comerciantes e industriales -con un ritmo, como ya he señalado, mucho más rápido que las capacidades productivas de una economía explotada por capital burgués- se encuentra en una situación en la que los mismos trabajadores se ven obligados a una competencia desastrosa entre ellos.

Puesto que no poseen medio alguno de existencia salvo su propio trabajo manual, el miedo a verse sustituidos por otros les fuerza a venderlo al precio más bajo. Esta tendencia de los obreros, o más bien la necesidad a que les condena su propia pobreza, combinada con la tendencia de los patronos a vender los productos de *sus* obreros, y por consiguiente a comprar el trabajo de éstos, *al precio más bajo*, reproduce y consolida constantemente la pobreza del proletariado. Al encontrarse en un estado de pobreza, el obrero se ve forzado a vender su trabajo por casi nada, y como vende este producto por casi nada, se va hundiendo en una pobreza cada vez mayor.

La explotación intensificada y sus consecuencias. ¡Desde luego, en una miseria cada vez mayor! Porque en este trabajo propio de galeotes, la fuerza productiva de los trabajadores, al ser mal usada, explotada despiadadamente, derrochada en exceso y alimentada de modo deficiente, se agota rápidamente. Una vez que el obrero queda agotado ¿cuál puede ser su valor en el mercado? ¿Qué valor tiene este *único bien* poseído por él, y de cuya venta diaria depende su sustento? ¡Ninguno! ¿Y entonces? Entonces al obrero no le queda más que morir.

En un país dado, ¿cuál es el salario más bajo posible? Es el precio de lo que los proletarios de ese país consideran *absolutamente necesario* para subsistir. Todos los economistas burgueses están de acuerdo en este punto.

La ley de hierro de los salarios. El precio efectivo de los bienes primarios constituye el nivel predominante constante sobre el cual los salarios del proletariado *nunca* pueden elevarse durante mucho tiempo, pero por debajo del cual caen muy a menudo. Esto suscita constantemente inanición, enfermedad y muerte, hasta que *desaparece* un número de obreros suficiente como para igualar de nuevo la oferta y la demanda de trabajo.

No hay igualdad de poder negociador entre patrono y obrero. Lo que los economistas llaman equilibrio de la oferta y la demanda no constituye una verdadera igualdad entre quienes venden su trabajo y quienes lo compran. Supongamos que yo, un productor de manufacturas, necesito cien obreros y que se presentan exactamente cien al mercado de mano de obra; sólo cien, porque si viniesen más, la oferta superaría la demanda y produciría una reducción en los salarios. Dado que sólo aparecen cien y yo el productor, solo necesito ese número -ni uno más ni uno menos-, parecería establecida inicialmente una completa igualdad; siendo numéricamente iguales la oferta y la demanda, podrían del mismo modo ser iguales en otros aspectos.

¿Se sigue de ello que los obreros pueden exigirme un salario y las condiciones de trabajo acordés con una existencia verdaderamente libre, digna y humana? En absoluto. Si les garantizo esas condiciones y esos salarios, yo, el capitalista, no me beneficiaré más que ellos. Pero ¿para qué habría de perjudicarme y arruinarme ofreciéndoles los beneficios de mi capital? Si quiero trabajar como los obreros, invertiré mi capital en otra parte, allí donde pueda conseguir el interés más elevado, y ofreceré mi trabajo a algún capitalista, tal como hacen mis obreros.

Si, beneficiándome de la poderosa iniciativa que me permite mi capital, pido a esos cien obreros que fecunden dicho capital con su trabajo no es porque sienta simpatía hacia sus sufrimientos, ni tampoco por un espíritu de justicia, ni por amor a la humanidad. Los capitalistas no son en modo alguno filántropos; se arruinarían si practicasen la filantropía. Mi móvil es extraer del trabajo de los obreros un beneficio suficiente para vivir cómodamente, incluso de modo lujoso, mientras incremento al mismo tiempo mi capital y todo ello sin necesidad de trabajar yo mismo.¹¹

[...]

Un contrato de amo-esclavo. Así, el capitalista viene al mercado si no con la capacidad de un agente absolutamente libre, al menos con la de un agente infinitamente más libre que el obrero. Lo que acontece en el mercado es el encuentro entre un impulso de lucro y el hambre, entre amo y esclavo. Jurídicamente las dos partes son iguales, pero económicamente el obrero es el siervo del capitalista, *incluso antes de haberse concluido la transacción mercantil* mediante la cual el obrero vende su persona y su libertad por un tiempo determinado. El obrero está en la posición del siervo por la terrible amenaza de hambre que gravita diariamente sobre su cabeza y su familia; esta amenaza le obligará a aceptar cualquier condición impuesta por los ávidos cálculos del capitalista, el industrial, el patrono.¹²

[...]

Ciudadanos y esclavos: tal era el antagonismo existente en el mundo antiguo y en los Estados esclavistas del Nuevo Mundo. Ciudadanos y esclavos, es decir, obreros a la fuerza, esclavos no de derecho, pero sí de hecho; tal es el antagonismo del mundo moderno y al

11 *Consideraciones filosóficas*

12 *Ibid.*

igual que los Estados antiguos sucumbieron por la esclavitud, así perecerán también los Estados modernos a manos del proletariado.

Las diferencias de clase son reales a pesar de la falta de delimitaciones claras. En vano intentaríamos consolarnos pensando que este antagonismo es ficticio y no real, o que resulta imposible trazar una línea clara de demarcación entre las clases poseedoras y las desposeídas, ya que ambas se mezclan a través de muchos matices intermedios e imperceptibles. Tampoco existen tales líneas de delimitación en el mundo natural; por ejemplo, es imposible mostrar en la serie ascendente de los seres el punto exacto donde termina el reino de las plantas y comienza el reino animal, donde cesa la bestialidad y comienza la humanidad. Sin embargo, existe una diferencia muy real entre una planta y un animal, y entre un animal y el hombre.

Lo mismo acontece en la sociedad humana: a pesar de los vínculos intermedios que hacen imperceptibles la transición de una situación política y social a otra, la diferencia entre las clases es muy marcada, y todos pueden distinguir a la aristocracia de sangre azul de la aristocracia financiera, a la alta burguesía de la pequeña burguesía, o a esta última del proletariado fabril y urbano, lo mismo que podemos distinguir al terrateniente, al *rentier*, del campesino que trabaja su propia tierra, y al granjero del proletario rústico común (la mano de obra agrícola a sueldo).

La diferencia básica entre las clases. Todos esos diferentes grupos políticos y sociales pueden reducirse ahora a dos categorías principales, diametralmente opuestas y naturalmente hostiles entre sí: las *clases privilegiadas*, que comprenden a todos los privilegiados en cuanto a posesión de tierra, capital, o incluso sólo de educación burguesa, y las *clases trabajadoras*, desheredadas en cuanto a la tierra y al capital, y privadas de toda educación e instrucción.¹³

La lucha de clases en la sociedad existente no admite conciliación. El antagonismo existente entre el mundo burgués y el de los trabajadores asume un carácter cada vez más pronunciado. Todo hombre sensato -cuyos sentimientos e imaginación no estén distorsionados por la influencia, a menudo inconsciente, de sofismas tópicos- debe comprender que es imposible cualquier reconciliación entre ambos mundos. Los trabajadores quieren igualdad, y la burguesía quiere mantener la desigualdad. Obviamente, una cosa destruye a la otra. En consecuencia, la gran mayoría de los capitalistas burgueses y los propietarios con valor para confesar abiertamente sus deseos manifiestan con la misma franqueza el espanto que les inspira el actual movimiento laboral. Son enemigos resueltos y sinceros; los conocemos, y bien está que así sea.¹⁴

Indudablemente, no puede haber reconciliación entre el proletariado, irritado y hambriento, movido por pasiones social-revolucionarias y obstinadamente determinado a crear otro mundo sobre los principios de verdad, justicia, libertad, igualdad y fraternidad humana (principios tolerados en la sociedad respetable sólo como tema inocente de ejercicios retóricos), y el mundo ilustrado y educado de las clases privilegiadas que defienden con desesperado vigor el régimen político, jurídico, metafísico, teológico y militar como última fortaleza en la custodia del precioso privilegio de la explotación económica. Entre esos dos mundos, entre el sencillo pueblo trabajador y la sociedad educada (que combina en sí misma, como sabemos, todas las excelencias, bellezas y virtudes) no hay reconciliación posible.¹⁵

¹³ *Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.*

¹⁴ *La política de la Internacional.*

¹⁵ *Estatismo y anarquía.*

La lucha de clases en términos de progreso y reacción. Sólo han persistido dos fuerzas reales hasta el presente: el partido del pasado, de la reacción, que comprende a todas las clases poseedoras y privilegiadas y que ahora busca refugio, a menudo expresamente, bajo la bandera de la dictadura militar o la autoridad del Estado y el partido del futuro, el partido de la emancipación humana integral, el partido del Socialismo Revolucionario, del proletariado.¹⁶

Hemos de ser sofistas o completamente ciegos para negar la existencia del abismo que separa actualmente a ambas clases. Como acontecía en el mundo antiguo, nuestra civilización moderna -regida por una minoría relativamente limitada de ciudadanos privilegiados- tiene como base el trabajo forzado (forzado por el hambre) de la gran mayoría de la población, condenada inevitablemente a la ignorancia y la brutalidad...

[...]

El capitalismo del libre comercio es un suelo fértil para el crecimiento de la pobreza. Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania son sin duda los países europeos donde el comercio y la industria disfrutaban de una mayor libertad relativa y han alcanzado el nivel más alto de desarrollo. Por lo mismo, son precisamente los países donde la pobreza se siente de modo más cruel, y donde parece haberse ensanchado en una medida desconocida para los demás países la distancia que separa a los capitalistas y propietarios de las clases trabajadoras.¹⁷

[...]

El cambio de situación producido por la gran revolución francesa. Pero, se nos dice, este contraste o abismo entre la minoría privilegiada y el gran número de desheredados ha existido siempre y sigue existiendo. Entonces, ¿qué tipo de cambio se produjo? El cambio consiste en que antes este abismo estaba envuelto en una densa niebla religiosa y oculto así a las masas del pueblo; desde que la Gran Revolución comenzó a despejar esta niebla, las masas se han hecho conscientes de la distancia, y empiezan a preguntarse por el motivo de su existencia. El significado de tal cambio es inmenso.

Desde que la Revolución trajo a las masas su Evangelio -no el místico, sino el racional; no el celestial, sino el terrenal; no el divino, sino el humano, el Evangelio de los Derechos del Hombre-, desde que proclamó que todos los hombres son iguales, que todos los hombres tienen derecho a la libertad y a la igualdad, las masas de todos los países europeos y de todo el mundo civilizado, tras despertar gradualmente del sopor que les había mantenido en la servidumbre desde que el cristianismo los drogara con su opio, empezaron a preguntarse si no tenían ellas también derecho a la libertad, la igualdad y la humanidad.

El socialismo es la consecuencia lógica de la dinámica de la Revolución Francesa. Tan pronto como se planteó esta cuestión, guiado por su admirable sensatez y por sus instintos, el pueblo comprendió que la primera condición de su emancipación real, o de su humanización, era un cambio radical en la situación económica. La cuestión del pan cotidiano era para ellos simplemente la primera cuestión porque, como había observado hace mucho tiempo Aristóteles, el hombre debe ser liberado de las preocupaciones de la vida material para poder pensar, para poder sentirse libre, para llegar a ser hombre. En cierto modo, los burgueses que vociferan tanto en sus ataques contra el materialismo del pueblo y le predicaban las abstinencias del idealismo lo saben muy bien, pues lo predicaban solo de palabra, y no con el ejemplo.

¹⁶ *Afirmación de la Alianza.*

¹⁷ *Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.*

La segunda cuestión para el pueblo era el ocio tras el trabajo, condición indispensable para la humanidad. Pero el pan y el ocio nunca podrán obtenerse sin una transformación radical de la organización presente de la sociedad, y esto explica por qué la Revolución, empujada exclusivamente por las consecuencias de su propio principio, dio origen al Socialismo.¹⁸

¿El Estado es la encarnación del interés general? ¿Qué es el Estado? Los metafísicos y los juristas cultos nos dicen que es una cuestión pública: representa el bienestar colectivo y los derechos de todos, opuestos a la acción desintegradora de los intereses egoístas y las pasiones del individuo. Es la realización de la justicia, la moralidad y la virtud sobre esta tierra. En consecuencia, no hay deber más grande o más sublime por parte del individuo que ofrecerse, sacrificarse y morir, si es necesario, por el triunfo y el poderío del Estado.

Aquí tenemos en pocas palabras la teología del Estado. Veamos entonces si esta teología política no oculta bajo su aspecto atractivo y poético realidades más vulgares y sórdidas.

Análisis de la idea del Estado. Analicemos primero la idea del Estado tal como aparece en sus apologistas. Representa el sacrificio de la libertad natural y los intereses de cada uno -de los individuos y de las colectividades relativamente pequeñas, asociaciones, comunas y provincias- ante los intereses y la libertad de todos, ante la prosperidad del gran conjunto. Pero esta totalidad, este gran conjunto, ¿qué es en realidad? Es una aglomeración de todos los individuos y de todas las colectividades humanas menores comprendidos en él y si este conjunto, para su propia constitución, exige el sacrificio de los intereses individuales y locales, ¿cómo puede entonces representarlos realmente en su totalidad?

Una universalidad exclusiva, pero no inclusiva. No se trata, por tanto, de un conjunto viviente que proporciona cada uno la oportunidad de respirar libremente y que llegue a ser más rico, libre y poderoso cuanto más amplio resulte el desarrollo de la libertad y la prosperidad de todos en su seno. No es una sociedad humana natural que apoye y refuerce la vida de cada una mediante la vida de todos. Al contrario, es la inmolación de todo individuo y de las asociaciones locales; es una abstracción destructiva para una sociedad viviente; es la limitación o mas bien la negación completa de la vida y los derechos de todas las partes que integran el conjunto con arreglo al supuesto interés de todos. Es el Estado el altar de la religión política donde se inmola siempre la sociedad natural: una universalidad devoradora que subsiste a partir de sacrificios humanos, como la Iglesia. El Estado, lo repito otra vez, es el hermano menor de la Iglesia.¹⁹

La premisa de la teoría del Estado es la negación de la libertad humana. Pero si los metafísicos afirman que los hombres -en especial quienes creen en la inmortalidad del alma- están fuera de la sociedad de seres libres, llegamos inevitablemente a la conclusión de que los hombres sólo pueden unificarse en una sociedad al precio de su propia libertad, de su independencia natural; sacrificando sus intereses personales primero, y sus intereses locales después. Por consiguiente, la auto-renuncia y el auto-sacrificio son tanto más imperativos cuanto más numerosa es la sociedad y más compleja su organización.

En este sentido, el Estado es la expresión de todos los sacrificios individuales. Dado este origen abstracto y al mismo tiempo violento, debe continuar limitando la libertad en una medida creciente, y haciéndolo en nombre de esa falsedad llamada «el bien del pueblo», que en realidad representa exclusivamente los intereses de la clase dominante. De este modo, el

18 *Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.*

19 *Cartas sobre el patriotismo.*

Estado aparece como la negación y aniquilación inevitable de toda libertad, y de todos los intereses individuales y colectivos.²⁰

La Iglesia y el Estado. Para demostrar la identidad del Estado y la Iglesia, pediré al lector que observe que los dos se basan esencialmente sobre la idea del sacrificio de la vida y los derechos naturales, y ambos parten del mismo principio: la maldad natural de los hombres que, según la Iglesia, sólo puede ser vencida por la Gracia Divina y mediante la muerte del hombre natural en Dios, y según el Estado, sólo a través de la ley y la inmolación del individuo sobre el altar del Estado. Ambas instituciones intentan transformar al hombre: una en un santo, y la otra en un ciudadano. Pero el hombre natural ha de morir, porque su condena la decretan unánimemente la religión de la Iglesia y la religión del Estado.

Tal es, en su pureza ideal, la teoría idéntica de la Iglesia y del Estado. Es una pura abstracción; pero toda abstracción histórica presupone hechos históricos. Y estos hechos poseen un carácter enteramente real y brutal: violencia, expolio, conquista, esclavización. La naturaleza del hombre le lleva a no contentarse con la simple realización de ciertos actos; siente también la necesidad de justificarlos y legitimarlos ante los ojos de todo el mundo. Así, la religión vino en el momento oportuno a dar su bendición a los hechos consumados, y debido a esta bendición los hechos inicuos y brutales se transformaron en «derechos».

Abstracción del Estado en la vida real. Veamos ahora qué papel jugó y sigue jugando en la vida real, en la vida humana, esta abstracción del Estado, paralela a la abstracción histórica llamada Iglesia. El Estado, como he dicho antes, es efectivamente un gran cementerio donde se sacrifican todas las manifestaciones de la vida individual y local, donde mueren y son enterrados los intereses de las partes integrantes del todo. Es el altar donde la libertad real y el bienestar de los pueblos se sacrifican a la grandeza política; y cuanto más completo es este sacrificio, más perfecto es el Estado. De ello deduzco que el imperio ruso es un Estado *par excellence*, un Estado sin retórica ni sutilezas verbales, el más perfecto de Europa. Por el contrario, todos los Estados donde se permite respirar algo al pueblo son desde el punto de vista ideal Estados incompletos, lo mismo que son deficientes las demás Iglesias en comparación con la Católica Romana.

El cuerpo sacerdotal del Estado. El Estado es una abstracción que devora la vida del pueblo. Pero a fin de que pueda nacer esa abstracción, de que pueda desarrollarse y continuar existiendo en la vida real, es necesario que exista un cuerpo colectivo real interesado en el mantenimiento de su existencia. Esa función no pueden realizarla las masas del pueblo, pues ellas son precisamente las víctimas del Estado. Debe realizarla un cuerpo privilegiado, el cuerpo sacerdotal del Estado, la clase gobernante y poseedora cuya posición en el Estado es idéntica a la posición de la clase sacerdotal en la Iglesia.

El Estado no podría existir sin un cuerpo privilegiado. En efecto, ¿qué vemos a lo largo de la historia? El Estado ha sido siempre el patrimonio de alguna clase privilegiada: la clase sacerdotal, la nobleza, la burguesía; y al final, cuando todas las demás clases se han agotado, entra en escena la clase burocrática y entonces el Estado cae -o se eleva, si lo preferís así- al estatuto de una máquina. Pero para la salvación del Estado es absolutamente necesario que exista alguna clase privilegiada, con interés en mantener su existencia.²¹

20 íbid.

21 íbid.

Las teorías liberales y absolutistas del Estado. El Estado no es un producto directo de la Naturaleza; no precede -como la sociedad- al despertar del pensamiento en el hombre.

[...]

El Estado es la suma de negaciones de la libertad individual. Veamos el asunto más de cerca. ¿Qué representa el Estado? La suma de negaciones de las libertades individuales de todos sus miembros; o la suma de sacrificios hechos por todos sus miembros renunciando a una parte de su libertad en favor del bien común. Hemos visto que, según la teoría individualista, la libertad de cada uno es el límite o, si se prefiere, la negación natural de la libertad de todos los demás y es esta limitación absoluta, está negación de la libertad de cada uno en nombre de la libertad de todos o del bien común, lo que constituye el Estado. Por ello, donde comienza el Estado cesa la libertad individual, y *viceversa*.

La libertad es indivisible. Se alegará que el Estado representante del bien público o del interés común a todos, suprime una parte de la libertad de cada uno para asegurar la parte restante de esta misma libertad. Pero este remanente será como mucho seguridad, en modo alguno libertad. Porque la libertad es indivisible; no es posible suprimir en ella una parte sin destruirla en su conjunto. Esta pequeña parte de libertad que está siendo limitada es la esencia misma de mi libertad, es todo. Por un movimiento natural necesario e irresistible, toda mi libertad se concentra precisamente en esa parte que está siendo reprimida, aunque sea pequeña.

El sufragio universal no es garantía de libertad. Pero se nos dice que el Estado democrático, basado sobre el sufragio universal y libre de todos los ciudadanos, no puede sin duda ser la negación de su libertad. ¿Y por qué no? Esto depende por completo de la misión y el poder delegado por los ciudadanos en el Estado y un Estado republicano basado sobre el sufragio universal, puede ser extraordinariamente despótico, incluso más despótico que un Estado monárquico, cuando bajo el pretexto de representar la voluntad de todos hace caer sobre la voluntad y el movimiento libre de cada miembro el peso abrumador de su poder colectivo.

¿Quién es el árbitro supremo del bien y el mal? Pero el Estado, se nos contestará, restringe la libertad de sus miembros sólo en la medida en que esta libertad está inclinada a la injusticia y a la perversidad. El Estado impide que sus miembros maten, roben y se ofendan entre sí y en general evita que hagan el mal, dándoles a cambio una plena y completa libertad para hacer el bien. ¿Pero qué es el bien y qué es el mal?²²

Capitalismo y democracia representativa. La producción capitalista moderna y la especulación bancaria exigen para su pleno desarrollo un gran aparato estatal centralizado, pues sólo él es capaz de someter a su explotación a los millones de asalariados.

Una organización federal establecida de abajo a arriba y formada por asociaciones y grupos de trabajadores, por comunas urbanas y rurales, y por regiones y pueblos, es la única condición de una libertad real y no ficticia, aunque representa justamente lo contrario de la producción capitalista y de todo tipo de autonomía económica. Pero la producción capitalista y la especulación bancaria se llevan muy bien con la llamada *democracia representativa*; porque esta forma moderna del Estado, basada sobre una supuesta voluntad legislativa del pueblo, supuestamente expresada por los representantes populares en asambleas supuestamente populares, unifica en sí las dos condiciones necesarias para la prosperidad de la

22 *Federalismo, Socialismo, Antiteologismo.*

economía capitalista: centralización estatal y sometimiento efectivo del Soberano -el pueblo- a la minoría que teóricamente le representa, pero que prácticamente le gobierna en lo intelectual e invariablemente le explota.

El Estado moderno debe tener un aparato militar centralizado. El Estado moderno, en su esencia y en sus metas, es necesariamente un Estado militar, y un Estado militar se ve llevado por su propia lógica a convertirse en un Estado conquistador. Si no conquista, será conquistado por otros, y esto es cierto por el simple motivo de que donde hay fuerza, debe manifestarse de algún modo. De aquí se deduce que el Estado moderno debe ser invariablemente un Estado grande y poderoso; sólo bajo esta condición indispensable puede preservarse así mismo.

La dinámica del Estado y la del capitalismo son idénticas. Lo mismo que la producción capitalista y la especulación bancaria, que a la larga engulle tal producción, deben expandirse incesantemente, bajo amenaza de quiebra, a expensas de las pequeñas empresas financieras y productivas, convirtiéndose en empresas monopolísticas universales y diseminadas por todo el orbe, también el Estado moderno y forzosamente militar se ve empujado por un impulso irreprimible a convertirse en un Estado universal. Pero un Estado universal, cosa desde luego imposible, sólo puede existir sin iguales; la existencia de dos Estados semejantes resulta absolutamente imposible.

Monarquía y república. La hegemonía es sólo una manifestación modesta, posible de acuerdo con las circunstancias, de este impulso irrealizable inmanente a todo Estado y la primera condición de esta hegemonía es la impotencia relativa y el sometimiento de todos los Estados vecinos.²³

En la hora actual, de la máxima gravedad en sus implicaciones, un Estado fuerte sólo puede tener un fundamento: la centralización militar y burocrática. En este sentido, la diferencia esencial entre una monarquía y una república democrática se reduce a lo siguiente: en una monarquía el mundo burocrático oprime y explota al pueblo para mayor beneficio de las clases poseedoras privilegiadas, y también para el suyo propio, y todo ello lo hace en nombre del monarca; en una república, la misma burocracia hará exactamente lo mismo, pero en nombre de la voluntad del pueblo. En una república el llamado pueblo, el pueblo legal, supuestamente representado por el Estado, ahoga y seguirá ahogando al pueblo efectivo y viviente. Pero poco mejor se sentirá el pueblo si el palo con el que se le pega se llama El Palo del Pueblo.

Ningún Estado puede satisfacer las aspiraciones del pueblo. Por democrático que pueda ser en su forma, ningún Estado -ni siquiera la república *política* más roja, que es una república popular en el mismo sentido que la falsedad definida como representación popular- puede proporcionar al pueblo lo que necesita, es decir, la libre organización de sus propios intereses de abajo arriba, sin interferencia, tutela o violencia de los estratos superiores. Porque todo Estado, hasta el más republicano y democrático -incluyendo el Estado supuestamente popular concebido por el señor Marx- es esencialmente una máquina para gobernar a las masas desde arriba, a través de una minoría inteligente y por tanto privilegiada, que supuestamente conoce los verdaderos intereses del pueblo mejor que el propio pueblo.

El inmanente antagonismo hacia el pueblo lleva a la violencia. De este modo, incapaces de satisfacer las exigencias del pueblo o de suprimir la pasión popular, las clases poseedo-

23 *Estatismo y anarquía.*

ras y gobernantes sólo tienen un medio a su disposición: la *violencia estatal*, en una palabra, el Estado, porque el *Estado* implica *violencia*, un gobierno basado sobre una violencia disfrazada o, en caso necesario, abierta y sin ceremonias.²⁴

[...]

La participación en el gobierno como fuente de corrupción. Muchas veces se ha establecido como verdad general que para cualquiera, incluso para el hombre más liberal y popular, basta pasar a formar parte de la maquinaria gubernamental para sufrir un cambio completo de aspecto y actitud. Si esa persona no se ve frecuentemente fortalecida y revitalizada por los contactos con la vida del pueblo, si no se ve obligada a actuar abiertamente en condiciones de plena publicidad, si no está sometida a un régimen saludable e ininterrumpido de control y crítica popular destinado a recordarle constantemente que no es el amo ni siquiera el guardián de las masas, sino sólo su delegado o el funcionario elegido, sujeto siempre a revocación; si no se encuentra ante tales condiciones, corre el peligro de corromperse profundamente al tratar sólo con aristócratas como él, y corre también el peligro de hacerse un estúpido vano y pretencioso, saturado enteramente con el sentimiento de su ridícula importancia.²⁵

El sufragio universal bajo el capitalismo. Confieso abiertamente, querido amigo, que no comparto la supersticiosa devoción de sus burgueses liberales o sus republicanos burgueses por el sufragio universal... *Mientras el sufragio universal se ejerza en una sociedad donde el pueblo, la masa de trabajadores, está ECONOMICAMENTE dominada por una minoría que controla de modo exclusivo la propiedad y el capital del país, por libre e independiente que pueda ser el pueblo en otros aspectos o parezca serlo desde el punto de vista político, esas elecciones realizadas bajo condiciones de sufragio universal sólo pueden ser ilusorias y antidemocráticas en sus resultados, que invariablemente se revelarán absolutamente opuestos a las necesidades, a los instintos y a la verdadera voluntad de la población.*

Por qué los trabajadores no pueden hacer uso de la democracia política. Hemos de amar mucho las ilusiones para imaginar que los trabajadores -en las condiciones sociales y económicas en que ahora se encuentran- pueden aprovechar plenamente o hacer un uso serio y real de su libertad política. Para ello les faltan dos «pequeñas» cosas: ocio y medios materiales...

Sin duda, los trabajadores franceses no eran indiferentes ni estaban faltos de inteligencia, pero a pesar del sufragio universal más completo, debieron dejar el campo de acción a la burguesía. ¿Por qué? Porque carecían de los medios materiales necesarios para transformar en realidad la libertad política, porque seguían siendo esclavos forzados a trabajar por el hambre, mientras los burgueses radicales, liberales e incluso conservadores -algunos republicanos de fecha reciente y otros convertidos en visperas de la Revolución- seguían yendo y viniendo, agitando, arengando y conspirando libremente.

Algunos podían hacerlo debido a ingresos procedentes de rentas u otra variedad lucrativa de ingresos burgueses, y otros los recibían del presupuesto estatal, que naturalmente preservaban e incluso incrementaban en una medida inusitada.²⁶

Proudhon y el sufragio universal. «Uno de los primeros actos del Gobierno Provisional [de 1848]», dice Proudhon*, «un acto que despertó el mayor de los aplausos, fue la aplicación del sufragio universal. El mismo día de promulgarse el decreto escribimos precisamen-

24 *Ibid.*

25 *Ibid.*

26 *La política de la Internacional.*

* *Idea General de la Revolución en siglo XIX.* Bakunin no indica el número de la página.

te estas palabras que entonces pudieron pasar por una paradoja: *el sufragio universal es la contrarrevolución*. Los acontecimientos siguientes permiten juzgar si estábamos en lo cierto. Las elecciones de 1848, en su gran mayoría, las ganaron sacerdotes, legitimistas y partidarios de la monarquía, los elementos más reaccionarios y retrógrados de Francia y no podía ser de otro modo».

No, no podía ser de otro modo, y esto será verdad en una medida todavía mayor mientras prevalezca la desigualdad de condiciones económicas y sociales en la organización de la sociedad, y mientras ésta siga dividida en dos clases, una de las cuales -la clase explotadora y privilegiada- disfruta de todas las ventajas de la fortuna, la educación y el ocio, mientras a la otra clase -donde se encuentra toda la masa del proletariado- sólo le corresponde el trabajo forzado y monótono, la ignorancia y la pobreza, con su necesario acompañamiento: la esclavitud de hecho, ya que no de derecho.

Grandes paradojas a las que el proletariado debe hacer frente en la democracia política. Sí, efectivamente la esclavitud; pues por amplios que puedan ser en su horizonte los derechos políticos concedidos a esos millones de proletarios asalariados -verdaderos galeotes del hambre-, jamás lograréis apartarlos de la influencia perniciosa y el dominio natural de diversos representantes de las clases privilegiadas, comenzando por el predicador y terminando por el republicano burgués del tipo más rojo o jacobino. Estos representantes -aunque puedan parecer divididos, o incluso estarlo en cuanto a cuestiones políticas- se encuentran, a pesar de todo, unidos por un interés común y supremo: la explotación de la miseria, la ignorancia, la inexperiencia política y la buena fe del proletariado en beneficio de la dominación económica de las clases poseedoras.

¿Cómo podría resistir el proletariado urbano y rural las intrigas políticas de los clérigos, la nobleza y la burguesía? Sólo tiene un arma de auto-defensa: su instinto, que tiende casi siempre a estar en lo cierto, porque esa clase es la víctima principal -si no la única- de la iniquidad y de todas las falsedades que reinan soberanas en la sociedad existente. Puesto que está oprimida por el privilegio, exige espontáneamente la igualdad para todos.

Los obreros carecen de educación, ocio y conocimiento de los asuntos. Pero el instinto no es suficiente como arma para salvaguardar al proletariado de las maquinaciones reaccionarias de la clase privilegiada. Librado a sí mismo, y no transformado en un pensamiento conscientemente reflexivo y claramente determinado, se deja llevar fácilmente por la falsificación, la distorsión y el engaño. Pero es imposible que se eleve a este estado de auto-conciencia sin ayuda de la educación, de la ciencia; y ciencia, conocimiento de los asuntos y las personas, y experiencia política, son cosas de las que carece completamente el proletariado. La consecuencia puede verse fácilmente: el proletariado quiere una cosa, pero aprovechándose de su ignorancia los astutos le hacen realizar otra bien distinta, sin que sospeche siquiera que está realizando lo contrario de su deseo y cuando al fin se da cuenta, suele ser por lo general demasiado tarde para poner coto a ese error, del cual se convierte de forma natural, necesaria e invariable en la primera y principal víctima.²⁷

Los diputados trabajadores pierden su aspecto proletario. Pero se nos dice que los obreros, instruidos por la experiencia, no volverán a elegir a la burguesía como representante en las Asambleas Constituyente y Legislativa; al contrario, enviarán simples trabajadores. Aunque sean pobres, los trabajadores pueden de algún modo rebañar lo suficiente para el

27 *El Imperio látigo-germánico y la revolución social.*

mantenimiento de sus diputados parlamentarios. ¿Y sabéis cuál será el resultado? El resultado inevitable será que los diputados obreros, transferidos a un medio puramente burgués y a una atmósfera de ideas políticas puramente burguesas, dejando de hecho de ser obreros para convertirse en hombres de estado, adoptarán concepciones propias de la clase media, quizá incluso en mayor grado que los mismos burgueses.

Porque los hombres no crean las situaciones; son las situaciones las que crean a los hombres. Sabemos por experiencia que los *obreros burgueses* no suelen ser con frecuencia menos egoístas que los explotadores burgueses, ni menos dañinos para la Internacional que los socialistas burgueses y tampoco son menos ridículos en su vanidad que los plebeyos burgueses ascendidos a la nobleza.

La libertad política sin el socialismo es un fraude. Sea lo que sea lo que se diga o se haga, hay una cosa clara: mientras los trabajadores permanezcan en su estado actual, les será imposible libertad alguna. A quienes piden libertades políticas sin tocar la ardiente cuestión del socialismo, sin articular siquiera la frase liquidación social, que pone a temblar a los burgueses, les convendría escuchar lo siguiente: «Conquistad primero esta libertad para nosotros para que podamos usarla más tarde contra vosotros».²⁸

Bajo el capitalismo, la burguesía está mejor equipada que los trabajadores para hacer uso de la democracia parlamentaria. Es cierto que la burguesía sabe mejor que el proletariado lo que quiere y lo que debe querer. Esto es verdad por dos razones: primero, porque es más culta, porque tiene más ocio y muchos más medios de todo tipo para conocer a las personas a las que elige; y segundo, y esta es la razón principal, porque el propósito que persigue no es nuevo ni inmensamente vasto en sus fines, como acontece con el del proletariado. Al contrario, es un propósito conocido y completamente determinado por la historia y por todas las condiciones de la situación actual de la burguesía; no es más que la preservación de su dominio político y económico. Esto se plantea de modo tan claro que resulta bastante fácil adivinar y saber cuál entre los candidatos solicitantes de los votos electorales burgueses es capaz de servir bien a sus intereses. En consecuencia es seguro, o casi seguro, que la burguesía estará siempre representada de acuerdo con sus deseos más íntimos.

Las clases no renuncian a sus privilegios. Pero no es menos cierto que esta representación, excelente desde el punto de vista de la burguesía, resultará detestable desde el punto de vista de los intereses populares. Al ser los intereses de la burguesía absolutamente opuestos a los de las masas trabajadoras, es seguro que un Parlamento burgués nunca podrá hacer más que legislar la esclavitud del pueblo y votar todas aquellas medidas cuya meta sea la perpetuación de su pobreza e ignorancia. De hecho, hemos de ser extremadamente ingenuos para creer que un Parlamento burgués podría votar libremente en favor de la emancipación intelectual, material y política del pueblo. ¿Ha sucedido alguna vez en la historia que un cuerpo político, una clase privilegiada, se suicidase o sacrificase el menor de sus intereses y de sus llamados derechos por amor a la justicia y la libertad?

Creo haber indicado ya que incluso la famosa noche del 4 de agosto, cuando la nobleza de Francia sacrificó generosamente sus intereses ante el altar de la patria, no fue sino una consecuencia forzada y retrasada de un formidable alzamiento de campesinos que incendiaron los títulos y castillos de sus señores y amos. No, las clases nunca se sacrifican a sí

28 *La política de la Internacional.*

mismas y nunca lo harán, porque es contrario a su naturaleza, a la razón de su existencia, y nunca se ha hecho nada ni se hará contra la Naturaleza o la razón. En consecuencia, sería preciso estar completamente loco para esperar de una Asamblea privilegiada medidas y leyes en beneficio del pueblo.²⁹

A mi juicio está claro que el sufragio universal constituye la manifestación más amplia, y al mismo tiempo más refinada, de la charlatanería política estatal; es sin duda alguna un instrumento peligroso, que exige de quienes lo utilizan una gran habilidad y competencia, pero que al mismo tiempo, si esas personas aprenden a utilizarlo, puede convertirse en el medio más seguro para hacer que las masas cooperen la construcción de su propia cárcel. Napoleón III construyó su poder enteramente sobre el sufragio universal, que nunca traicionó su confianza y Bismarck hizo de él la base de su Imperio Látigo-Germánico.³⁰

²⁹ *El Imperio látigo-germánico y la revolución social.*

³⁰ *Ibid.*

LA REVOLUCIÓN ANARQUISTA

Como ya hemos analizado la crítica que Bakunin realizó al Estado y al Capitalismo, creemos importante pasar a cuál es el objetivo que los anarquistas perseguimos, y el medio que nos damos para ese fin: la Revolución Social.

Según Bakunin, los “instintos” revolucionarios del pueblo fueron despertados por las promesas de libertad e igualdad de la Revolución Francesa:

Efecto de los grandes principios proclamados por la Revolución francesa. Desde que la Revolución trajo a las masas su Evangelio –no el místico sino el racional, no el celestial sino el terrestre, no el divino sino el humano, el Evangelio de los Derechos del Hombre– y desde que proclamó la igualdad de todos los hombres y el derecho de todos a la libertad, las masas de todos los países europeos, de todo el mundo civilizado, despertando gradualmente del sueño que les había mantenido en esclavitud desde que el cristianismo las drogara con su opio, empezaron a preguntarse si ellas también tenían derecho a la igualdad, la libertad y la humanidad.

Tan pronto como se planteó esta cuestión, el pueblo, guiado por su admirable sensatez y por sus instintos, comprendió que la primera condición de su emancipación efectiva o de su *humanización* era, ante todo, un cambio radical en su situación económica. La cuestión del pan cotidiano es para él justamente la cuestión primordial, porque como observaba Aristóteles, el hombre, con el fin de pensar, de sentirse libre y humanizarse, debe estar liberado de las preocupaciones materiales de la vida diaria. Bien lo saben los burgueses, tan vociferantes en sus lamentaciones contra el materialismo del pueblo y tan inclinados a predicarle las abstinencias del idealismo, porque sólo predicán de palabra y no con el ejemplo.

La segunda cuestión que se planteaba ante el pueblo –la del ocio tras el trabajo– es la condición indispensable de humanidad. Pero el pan y el ocio jamás podrán obtenerse sin una transformación radical de la sociedad existente, y esto explica por qué la Revolución, impulsada por las consecuencias de sus propios principios, dio nacimiento al socialismo³¹.

El socialismo es justicia. El socialismo es *justicia*. Cuando hablamos de justicia, no entendemos por ella la justicia contenida en los Códigos y en la jurisprudencia, que se basaron en gran medida en hechos de violencia y fuerza, consagrados por el tiempo y las bendiciones de una u otra Iglesia (cristiana o pagana), y como tales aceptados como principios absolutos desde los que se deducían todas las leyes por un proceso de razonamiento lógico. No; hablamos de una justicia basada únicamente sobre la conciencia humana, que ha de buscarse en la conciencia de cada hombre –incluso en la de los niños– y que puede ser expresada con una sola palabra: *equidad*.

Esta justicia universal que, debido a las conquistas por la fuerza y a las influencias religiosas, todavía no ha prevaletido nunca en el mundo político, jurídico o económico, debería convertirse en fundamento del nuevo mundo. Y sin ella no puede haber libertad, ni repú-

31 *Federalismo, Socialismo, Antiteologismo.*

blica, ni prosperidad, ni paz. Esta justicia debe presidir, entonces, nuestra determinación de trabajar eficazmente por el establecimiento de la paz. Y esta justicia nos urge a asumir la defensa de los intereses del pueblo brutalmente maltratado y a reivindicar su emancipación económica y social, junto con su libertad política.

El principio básico del socialismo. No proponemos aquí, damas y caballeros, tal o cual sistema socialista. Lo que pedimos ahora es la proclamación de nuevo del gran principio de la Revolución Francesa: *que cada ser humano debe tener los medios materiales y morales para desarrollar toda su humanidad*, principio que, en nuestra opinión, debe ser trasladado al siguiente problema:

Organizar la sociedad de tal manera que cada individuo, hombre o mujer, encuentre, al entrar en la vida, medios aproximadamente iguales para desarrollar sus diversas facultades y utilizarlas en su trabajo. Y organizar una sociedad de tal tipo que, al hacer imposible la explotación del trabajo de nadie, permita a cada individuo disfrutar de la riqueza social —que en realidad sólo es producida por el trabajo colectivo—, pero únicamente en la medida de su contribución directa a la creación de esa riqueza.

Rechazo del socialismo estatal. Llevar adelante esta tarea exigirá, por supuesto, siglos de desarrollo. Pero la historia ha llevado ya esta cuestión a primer plano, y no podemos ignorarla sin condenarnos a la impotencia total. Nos apresuramos a añadir aquí que rechazamos vigorosamente cualquier intento de organización social que no admita la libertad completa de los individuos y organizaciones, o que requiera el establecimiento de cualquier clase de poder regimentador. En nombre de la libertad, que consideramos el único fundamento y el único principio creativo de cualquier organización, económica o política, protestaremos contra todo lo que se parezca, incluso remotamente, a un comunismo de Estado o a un socialismo de Estado.³²

Abolición del derecho hereditario. [...] En nuestra opinión, el derecho de herencia debería ser abolido, porque mientras exista existirá una desigualdad económica hereditaria; no la desigualdad natural de los individuos. Sino la desigualdad artificial y de creación humana de las clases, que engendrará siempre una desigualdad hereditaria en el desarrollo y formación de las mentes, y continuará siendo la fuente y consagración de todas las desigualdades políticas y sociales.

La tarea de la justicia es establecer la igualdad para todos, considerando que esa igualdad dependerá de la organización económica y política de la sociedad. Sobre esa igualdad iniciará cada uno su vida, de manera que cada individuo, guiado por su propia naturaleza, será el producto de su propio esfuerzo. En nuestra opinión, la propiedad de los que mueren debería pasar a un fondo social para la formación y educación de los niños de ambos sexos, incluyendo su manutención desde el nacimiento hasta la adolescencia.

Como eslavos y como rusos, añadiremos que para nosotros la idea social fundamental, basada en el instinto general y tradicional de nuestras poblaciones, es que la tierra, propiedad de todo el pueblo, sólo debería ser de quienes la cultivan con sus propias manos.³³

Estamos convencidos, caballeros, de que este principio es justo, de que representa la condición esencial e inevitable de toda reforma social seria, y de que Europa Occidental no dejará de reconocerlo y aceptarlo, a pesar de las dificultades existentes para su realización

32 *Ibid.*

33 *Ibid.*

en algunos países, por ejemplo, en Francia, donde la mayoría de los campesinos poseen la tierra que cultivan, aunque pronto acabarán por no poseer casi nada debido a la progresiva parcelación de la tierra suscitada como resultado inevitable del sistema político y económico dominante en la actualidad en aquel país. Sin embargo, nos abstendremos de sugerir propuesta alguna sobre la cuestión de la tierra... Nos limitaremos, por el momento, a proponer la siguiente declaración:

La declaración del socialismo. «Convencidos de que la realización sería de la libertad, la justicia y la paz será imposible mientras la gran mayoría de la población siga estando privada de las necesidades elementales, mientras esté privada de educación y condenada a la insignificancia política y social y a la esclavitud –de hecho, si no de derecho– por la pobreza y por la necesidad de trabajar sin descanso, produciendo toda la riqueza de la cual se enorgullece el mundo en la actualidad, y recibiendo a cambio sólo una parte tan pequeña que difícilmente alcanza para asegurar su subsistencia el día siguiente;

»Convencidos de que para toda esta masa de población, terriblemente maltratada durante siglos, el problema del pan es el problema de la emancipación mental, de la libertad y de la humanidad;

»Convencidos de que la libertad sin el socialismo es privilegio e injusticia, y de que el socialismo sin la libertad es esclavitud y brutalidad;

»La Liga [para la Paz y la Libertad] proclama la necesidad de una radical reconstrucción social y económica, cuyo objetivo es la emancipación del trabajo popular del yugo del capital y los propietarios, reconstrucción basada sobre la estricta justicia –no una justicia jurídica, ni metafísica, sino simplemente humana–, sobre la ciencia positiva y sobre la más amplia libertad.»³⁴

Emergerá así una nueva organización social, que no será otra cosa más que la organización de las fuerzas productivas, las cuales ocuparán el lugar del poder político.

Es necesario abolir por completo, tanto en principio como de hecho, todo lo que se llama poder político; porque mientras exista poder político, habrá gobernantes y gobernados, amos y esclavos, explotadores y explotados. Una vez abolido, el poder político deberá ser sustituido por una organización de las fuerzas productivas y los servicios económicos.³⁵

[...]

El ideal del pueblo. Por supuesto, ese ideal significa ante todo para el pueblo el final de la miseria, el fin de la pobreza y la plena satisfacción de todas sus necesidades materiales por medio del trabajo colectivo, igual y obligatorio para todos; y más tarde el fin de la dominación y la libre organización de la vida del pueblo de acuerdo con sus propias necesidades –no de arriba abajo como sucede en el Estado, sino de abajo arriba, en una organización formada por el propio pueblo, dejando aparte todos los gobiernos y parlamentos, en una libre unión de asociaciones de trabajadores agrícolas e industriales, de comunas, regiones y naciones, y por fin, en un futuro más lejano, la fraternidad universal de los hombres, triunfando sobre las ruinas de todos los Estados.³⁶

³⁴ Íbid.

³⁵ *El oso de Berna y el oso de San Petersburgo.*

³⁶ *Estatismo y anarquismo.*

El programa de una sociedad libre. Aparte del sistema de Mazzini que es el sistema de la república en forma de un Estado, no hay otro sistema sino el de la república como una comuna, como una federación, el de una república socialista auténticamente popular -el sistema del Anarquismo. Esta es la política de la Revolución Social que tiende a la abolición del Estado, y la organización económica enteramente libre del pueblo, organización de abajo arriba mediante una federación.³⁷

...No habrá posibilidad de existencia de un gobierno político, porque ese gobierno será transformado en una simple administración de los asuntos comunes.³⁸

Nuestro programa puede ser resumido en pocas palabras:

Paz, emancipación y felicidad para los oprimidos.

Guerra contra todos los opresores y explotadores.

Plena restitución a los trabajadores: todo el capital, todas las fábricas y todos los instrumentos de trabajo y materias primas pasarán a las asociaciones, y la tierra a quienes la cultivan con sus propias manos.

Libertad, justicia y fraternidad para todos los seres humanos nacidos sobre la tierra.

Igualdad para todos.

Para todos, sin distinción, todos los medios de desarrollo, educación y formación, e iguales posibilidades de vida mediante el trabajo.³⁹

Organización de la sociedad por medio de la libre federación de abajo arriba de las asociaciones de trabajadores, tanto industriales como agrarias, científicas y literarias, primero en una comuna, después en una federación de comunas en regiones, de regiones en naciones y de naciones en una fraterna asociación internacional.⁴⁰

La gran pregunta que surge a los revolucionarios y las revolucionarias es: ¿cuáles son las tácticas más adecuadas para lograr nuestros objetivos?

Tácticas correctas durante la revolución. En una revolución social, que en todos los aspectos es diametralmente opuesta a una revolución política, las acciones de los individuos apenas cuentan, mientras la acción espontánea de las masas lo es todo. Todo lo que los individuos pueden hacer es aclarar, propagar y desarrollar las ideas que corresponden al instinto popular y -cosa aún más importante- contribuir con sus esfuerzos incesantes a la organización revolucionaria del poder natural de las masas. Pero nada más que eso; el resto sólo podrá hacerlo el propio pueblo. Cualquier otro método llevaría a la dictadura política, al resurgimiento del Estado, de los privilegios, de las desigualdades, y de todas las opresiones estatales; es decir, llevaría de una forma indirecta, aunque lógica, al restablecimiento de la esclavitud política, económica y social de las masas populares.

Como todos los socialistas sinceros, y en general como todos los trabajadores nacidos

37 *Carta circular a mis amigos de Italia.*

38 *Ibid.*

39 *Ibid.*

40 *Ibid.*

y crecidos entre el pueblo, Varlin⁴¹ y sus amigos compartieron en grado sumo este prejuicio perfectamente legítimo contra la iniciativa procedente de individuos aislados, contra el dominio ejercido por individuos superiores; y siendo sobre todo coherentes, extendieron el mismo prejuicio y la misma desconfianza a sus propias personas.

La revolución por decretos está condenada al fracaso. Frente a las ideas de los comunistas autoritarios -ideas falaces, en mi opinión- de que la Revolución Social puede ser decretada y organizada por medio de una dictadura o de una Asamblea Constituyente, nuestros amigos, los socialistas parisinos, sostienen que la revolución sólo puede ser emprendida y llevada a su pleno desarrollo a través la acción masiva continua y espontánea de grupos y asociaciones populares.⁴²

Nuestros amigos parisinos tienen mil veces razón. Porque, en realidad, no hay cerebro, por muy genial que sea, o -si hablamos de la dictadura colectiva de algunos centenares de individualidades supremamente dotadas- no hay combinación de intelectos capaz de abarcar toda la infinita multiplicidad y diversidad de intereses, aspiraciones, deseos y necesidades reales que constituyen en su totalidad la voluntad colectiva del pueblo; no existe intelecto capaz de proyectar una organización social que pueda satisfacer a todos y a cada uno.

Tal organización será siempre un lecho de Procusto en el que la violencia, más o menos sancionada por el Estado forzaría a la desdichada sociedad. Pero este es un viejo sistema de organización, basado sobre la fuerza, que la Revolución Social suprimirá para dar plena libertad a las masas, los grupos, comunas, asociaciones e individualidades, destruyendo de una vez por todas la causa histórica de toda violencia: la misma existencia del Estado, cuya caída supondrá la destrucción de todas las iniquidades del derecho jurídico y de todas las falsedades de los diversos cultos -derechos y cultos que han sido siempre los canonizadores complacientes, tanto en el terreno ideal como en el real, de toda la violencia representada, garantizada y autorizada por el Estado.⁴³

Es evidente que sólo cuando el Estado haya dejado de existir, la humanidad obtendrá su libertad, y que sólo entonces encontrarán su auténtica satisfacción los verdaderos intereses de la sociedad, de todos los grupos, de todas las organizaciones locales y, en consecuencia, de todos los individuos que forman tales organizaciones.⁴⁴

La libre organización seguirá a la abolición del Estado. La abolición del Estado y de la Iglesia debe ser la condición primera e indispensable para la emancipación efectiva de la sociedad. Sólo después la sociedad podrá y deberá empezar su propia reorganización; que, sin embargo, no debe efectuarse de arriba abajo, ni de acuerdo con algún plan ideal proyectado por unos pocos sabios o filósofos, ni mediante decretos promulgados por algún poder dictatorial, o incluso por una Asamblea Nacional elegida por sufragio universal. Tal sistema, como ya se ha dicho, llevaría inevitablemente a la formación de una aristocracia gubernamental, es decir, a una clase de personas que nada tiene en común con las masas del

41 Louis Eugène Varlin (Claye-Souilly, Seine-et-Marne, 1839-París, 1871). Revolucionario francés. Obrero encuadrador unido a la Internacional, se opuso a la participación obrera en los comicios electorales y defendió un sindicalismo de talante revolucionario. Alineado en el Congreso Internacional de Basilea (1869) con las delegaciones antiautoritarias, fue miembro del comité central de la Comuna y murió fusilado en los últimos días de resistencia (Nota de los Editores).

42 *La Comuna de París y el Estado.*

43 *Ibid.*

44 *Ibid.*

pueblo; y esta clase volvería con toda certeza a explotar y someter a las masas bajo el pretexto del bienestar común o de la salvación del Estado.⁴⁵

La libertad debe ir de la mano con la igualdad. Soy un partidario convencido de la *igualdad económica y social* porque sé que, sin esta igualdad, la libertad, la justicia, la dignidad humana, la moral y el bienestar de los individuos, como también la prosperidad de las naciones, no son sino otras tantas falsedades. Pero como soy al mismo tiempo un partidario de la libertad, primera condición de la humanidad, creo que la igualdad debería establecerse en el mundo por la organización espontánea del trabajo y la propiedad colectiva, por la libre organización de las asociaciones de productores en comunas y la libre federación de las comunas -pero de ningún modo mediante la acción suprema y tutelar del Estado.

La diferencia entre los revolucionarios autoritarios y libertarios. Este punto separa fundamentalmente a los colectivistas o socialistas revolucionarios de los comunistas autoritarios, partidarios de la absoluta iniciativa del Estado. La meta de ambos partidos es idéntica: ambos partidos desean la creación de un nuevo orden social basado exclusivamente sobre el trabajo colectivo en condiciones económicas iguales para todos -es decir, en condiciones de propiedad colectiva de los medios de producción.

Pero los comunistas imaginan que esto puede lograrse mediante el desarrollo y la organización del poder político de las clases trabajadoras, encabezadas por el proletariado de la ciudad con ayuda del radicalismo burgués; mientras los socialistas revolucionarios, enemigos de toda alianza ambigua, creen que este objetivo común no puede lograrse a través de la organización política sino mediante la organización social (y, por tanto, antipolítica) y el poder de las masas trabajadoras de las ciudades y los pueblos, incluyendo además a todos los que, a pesar de pertenecer por nacimiento a las clases altas, han roto voluntariamente con su pasado y se han unido abiertamente al proletariado aceptando su programa.⁴⁶

Los métodos de los comunistas y los anarquistas. De ahí la existencia de dos métodos diferentes. Los comunistas creen que es necesario organizar las fuerzas de los trabajadores para tomar posesión del poder político estatal. Los socialistas revolucionarios las organizan con vistas a destruir, o si preferís una expresión más refinada, a liquidar el Estado. Los comunistas son partidarios del principio y la práctica de la autoridad, mientras los socialistas revolucionarios⁴⁷ sólo ponen su fe en la libertad. Ambos son partidarios por igual de la ciencia, que debe destruir la superstición y ocupar el lugar de la fe; pero los primeros quieren imponer la ciencia al pueblo, en tanto que los colectivistas revolucionarios intentan difundir la ciencia y el conocimiento entre el pueblo, para que los diversos grupos de la sociedad humana, una vez convencidos por la propaganda, puedan organizarse y combinarse, espontáneamente, en federaciones, de acuerdo con sus tendencias naturales y sus intereses reales, pero nunca de acuerdo con un plan trazado previamente e *impuesto a las masas ignorantes* por algunas inteligencias «superiores».⁴⁸

Los Socialistas revolucionarios creen que existe mucha más razón práctica e inteligencia en las aspiraciones instintivas y las necesidades reales de las masas populares que en las profundas inteligencias de todos esos instruidos doctores y tutores autodesignados de la humanidad, quienes, teniendo ante sus ojos los ejemplos lamentables de tantos intentos

45 Íbid.

46 Íbid.

47 Bakunin se reconocía a sí mismo como socialista revolucionario.

48 *La Comuna de París y el Estado*.

abortados de hacer feliz a la humanidad, intentan seguir trabajando en la misma dirección. Pero los socialistas revolucionarios creen, al contrario, que la humanidad se ha dejado gobernar durante largo tiempo, demasiado largo, y que la raíz de sus desgracias no reside en esta o en aquella forma de gobierno, sino en el principio y en misma existencia del gobierno, sea cual fuere su naturaleza.

Es esta diferencia de opinión, que ya se ha hecho histórica, la vigente en la actualidad entre el comunismo científico, desarrollado por la escuela alemana y aceptado parcialmente por los socialistas americanos e ingleses, y el proudhonismo, desarrollado extensamente y llevado a sus últimas conclusiones y aceptado hoy por el proletariado de los países latinos. El socialismo revolucionario ha hecho su primera aparición brillante y práctica en la Comuna de París.⁴⁹

En la bandera pangermánica está escrito: *Conservación y fortalecimiento del Estado a cualquier precio*. Por el contrario, en nuestra bandera, la bandera socialista-revolucionaria, está grabada con letras orgullosas y sangrientas: la destrucción de todos los Estados, la aniquilación de la civilización burguesa, la organización libre y espontánea de abajo arriba por medio de las asociaciones libres, la organización de la chusma incontrolada de trabajadores, de toda la humanidad emancipada, y la creación de un nuevo mundo universalmente humano.⁵⁰

Antes de crear o más bien antes de ayudar al pueblo a crear esta nueva organización es necesario conseguir una victoria. Es necesario derrocar lo que es para poder establecer lo que debe ser...⁵¹

Al llegar a las posiciones sobre este punto del revolucionario ruso, nos parece importante incluir las opiniones de Errico Malatesta. Para esto, vamos a seguir con la lectura de qué significa la revolución para el italiano.

La revolución es la creación de nuevas instituciones, de nuevos agrupamientos, de nuevas relaciones sociales; la revolución es la destrucción de los privilegios y de los monopolios; es un nuevo espíritu de justicia, de fraternidad, de libertad, que debe renovar toda la vida social, elevar el nivel moral y las condiciones materiales de las masas llamándolas a proveer con su trabajo directo y consciente a la determinación de sus propios destinos. Revolución es la organización de todos los servicios públicos hecha por quienes trabajan en ellos en interés propio y del público; revolución es la destrucción de todos los vínculos coactivos, es la autonomía de los grupos, de las comunas, de las regiones; revolución es la federación libre constituida bajo el impulso de la fraternidad, de los intereses individuales y colectivos, de las necesidades de la producción y de la defensa; revolución es la constitución de miríadas de libres agrupamientos correspondientes a las ideas, a los deseos, las necesidades, los gustos de toda especie existentes en la población; revolución es el formarse y desintegrarse de mil cuerpos representativos, barriales, comunales, regionales, nacionales, que sin tener ningún poder legislativo sirvan para hacer conocer y para armonizar los deseos y los intereses de la gente cercana y lejana y actúen mediante las informaciones, los consejos y el ejemplo. La revolución es la libertad puesta a prueba en el crisol de los hechos, y dura mientras dura

49 Íbid.

50 *Estatismo y anarquía*.

51 *Carta circular a mis amigos de Italia*.

la libertad, es decir, hasta que alguien, aprovechándose del cansancio que sobreviene en las masas, de las inevitables desilusiones que siguen a las esperanzas exageradas, de los posibles errores y culpas de los hombres, logre constituir un poder que, apoyado en un ejército de conscriptos o de mercenarios, haga la ley, detenga el movimiento en el punto a que ha llegado y así comience la reacción.⁵²

La gran mayoría de los anarquistas... son de opinión, si no interpreto mal su pensamiento, de que los individuos no se perfeccionarían y la anarquía no se realizaría ni siquiera en varios millares de años si antes no se crease, por medio de la revolución realizada por las minorías conscientes, el necesario ambiente de libertad y de bienestar. Por esto queremos hacer la revolución lo más rápidamente posible, y para hacerla necesitamos aprovechar todas las fuerzas útiles y todas las circunstancias oportunas, tal como la historia nos las proporciona.⁵³

La tarea de la minoría consciente consiste en aprovechar todas las circunstancias para transformar el ambiente de manera de hacer posible la educación, la elevación moral de los individuos, sin la cual no hay verdadera redención.

Y como el ambiente actual, que constriñe a las masas a la abyección, se sostiene con la violencia, nosotros invocamos y preparamos la violencia. Y esto porque somos revolucionarios, y no porque “somos desesperados, sedientos de venganza y de odio”.⁵⁴

En este sentido, el deseo, pero sobre todo nuestra acción para cambiar el actual estado de cosas es lo que nos constituye como revolucionarios.

Somos revolucionarios porque creemos que sólo la revolución, la revolución violenta, puede resolver la cuestión social... Creemos además que la revolución es un acto de voluntad, de individuos y de masas; que tiene necesidad para producirse de que existan ciertas condiciones objetivas, pero no ocurre necesariamente y de una manera fatal por la sola acción de los factores económicos y políticos.⁵⁵

Yo dije a los jurados de Milán que soy revolucionario no sólo en el sentido filosófico de la palabra, sino también en el sentido popular e insurreccional, y lo dije justamente para distinguirme de quienes se llaman revolucionarios pero interpretan la palabra quizás de una manera astronómica, con tal de excluir el hecho violento. Declaré que no había llamado a la revolución porque en aquel momento no había necesidad de provocarla y urgía en cambio esforzarse para que la proclamada revolución triunfase que no llevase a nuevas tiranías, pero insistí en decir que la habría provocado si las circunstancias lo hubieran requerido y la provocaría cuando las circunstancias lo requirieran.⁵⁶

Yo había dicho que “nosotros queremos hacer la revolución lo más pronto posible”: Colmer responde que sería más sensato decir que “nosotros queremos hacer la anarquía lo más pronto posible”. ¡Qué pobre recurso polémico! Puesto que estamos convencidos de que la anarquía no se puede alcanzar sino después de haber hecho una revolución que elimine los primeros obstáculos materiales, está claro que nuestros esfuerzos deben tender ante todo a

52 *Pensiero e Volontà*, 15 de junio de 1924.

53 *Umanità Nova*, 28 de octubre de 1921.

54 *Umanità Nova*, 30 de septiembre de 1920.

55 *Umanità Nova*, 22 de abril de 1920.

56 *Umanità Nova*, 30 de agosto de 1921.

que se haga de modo que se encamine hacia la anarquía... He dicho y repetido mil veces que deberíamos provocar la revolución con todos los medios a nuestro alcance y actuar en ella como anarquistas, es decir, oponiéndonos a la constitución de cualquier régimen autoritario, y realizar lo más posible de nuestro programa. Y querría, justamente para aprovechar esa mayor libertad que habremos conquistado, que los anarquistas estuvieran moral y técnicamente preparados para realizar, dentro de los límites de sus fuerzas, las formas de convivencia y de cooperación social que consideran mejores y más adaptadas para preparar el porvenir.⁵⁷

No queremos “esperar a que las masas se vuelvan anárquicas para hacer la revolución”, sobre todo porque estamos convencidos de que no llegarán a serlo nunca si antes no se derrocan violentamente las instituciones que las mantienen en la esclavitud. Y como tenemos necesidad de la colaboración de las masas, sea para constituir una fuerza material suficiente, sea para lograr nuestra finalidad específica, de cambio radical del organismo social por obra directa de las masas, debemos aproximarnos a ellas; tomarlas como son, y como parte de ellas impulsarlas lo más adelante que sea posible. Esto, se entiende, si deseamos de verdad trabajar por la realización de nuestros ideales y no contentarnos meramente con predicar en el desierto por la simple satisfacción de nuestro orgullo intelectual.

Para Malatesta, el hecho revolucionario constituye el cambio rápido y violento de la sociedad, discutiendo los planteos que prevén la posibilidad de llegar a la anarquía de manera gradual por el propio progreso de la humanidad o que consideran que la revolución ha comenzado ya. Así es como la idea de revolución está claramente ligada a la idea de la insurrección victoriosa. Pero la revolución no es sólo el hecho insurreccional, sino también el reemplazo de las viejas instituciones por las nuevas formas de organizar la vida social impulsadas por las masas. La revolución constituye entonces tanto un acto de destrucción como de reconstrucción.

Nos acusan de “manía reconstructiva”; se dice que hablar del “mañana de la revolución”, como hacemos nosotros, es una frase que no significa nada porque la revolución constituye un profundo cambio de toda la vida social, que ya ha comenzado y que durará siglos y siglos.

Todo esto es un simple equívoco de palabras. Si se toma la revolución en este sentido, es sinónimo de progreso, de vida histórica, que a través de mil alternativas desembocará, si nuestros deseos se realizan, en el triunfo total de la anarquía en todo el mundo. Y en este sentido era revolucionario Bovio y son revolucionarios también Treves y Turati, y quizás el mismo Aragona. Cuando se habla de siglos, todo el mundo concederá lo que uno quiera.

Pero cuando hablamos de revolución, cuando le hablamos de revolución al pueblo, como cuando se habla de revolución en la historia, se entiende simplemente *insurrección victoriosa*.

Las insurrecciones serán necesarias mientras existan poderes que obliguen con la fuerza material a las masas a la obediencia, y es probable, lamentablemente, que se deban hacer unas cuantas insurrecciones antes de que se conquiste ese mínimo de condiciones indispensables para que sea posible la evolución libre y pacífica y la humanidad pueda caminar sin luchas cruentas e inútiles sufrimientos hacia sus altos destinos.⁵⁸

Por revolución no entendemos sólo el episodio insurreccional, que es por cierto indispensable a menos que, cosa poco probable, el régimen caiga en pedazos por sí mismo y sin

57 *Il Risveglio*, 30 de diciembre de 1922.

58 *Umanità Nova*, 25 de noviembre de 1922.

necesidad de que se lo empuje desde afuera, pero que sería estéril si no fuera seguido por la liberación de todas las fuerzas latentes del pueblo y sirviese solamente para sustituir un Estado coactivo por una forma nueva de coacción.⁵⁹

[...]

Toda la historia nos enseña que todos los progresos logrados por las revoluciones se obtuvieron en el período de la efervescencia popular, cuando no existía aún un gobierno reconocido o éste era demasiado débil para ponerse abiertamente contra la revolución. Luego, una vez constituido el gobierno, comenzó siempre la reacción que sirvió al interés de los viejos y de los nuevos privilegiados y quitó a las masas todo lo que le fue posible quitarles.

Nuestra tarea consiste en hacer o ayudar a hacer la revolución aprovechando todas las ocasiones y las fuerzas disponibles: impulsar la revolución lo más adelante posible no sólo en la destrucción, sino también, y sobre todo, en la reconstrucción, y seguir siendo adversarios de cualquier gobierno que tenga que constituirse, ignorándolo o combatiéndolo lo más posible.

No reconoceríamos a la Constituyente republicana, tal como no reconocemos al Parlamento monárquico. Dejaríamos que se hiciera si el pueblo la quiere; podríamos inclusive encontrarnos ocasionalmente a su lado en los combates contra los intentos de restauración, pero pediremos, querremos, exigiremos completa libertad para quienes piensan, como nosotros, que es necesario vivir sin la tutela y la opresión estatal y propagar las propias ideas con la palabra y con el ejemplo.

Somos revolucionarios, por cierto, pero sobre todo anarquistas.⁶⁰

a. La destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado.

b. Toda organización de un poder político que se pretenda provisorio o revolucionario para llegar a tal destrucción no puede ser sino un engaño más, y resultaría tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos hoy existentes.

c. Rechazando todo compromiso para llegar a la realización de la Revolución social los proletarios de todos los países deben establecer, fuera de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria.

Estos principios [anarquistas tal como fueron formulados en 1872 en el Congreso de Saint Imier por inspiración de Bakunin] continúan señalándonos el camino correcto. Quien ha tratado de actuar en contradicción con ellos se ha equivocado, porque como quiera que se los entienda, Estado, dictadura y Parlamento sólo pueden volver a llevar a las masas a la esclavitud. Todas las experiencias realizadas hasta hoy lo han probado en forma definitiva.⁶¹

La convicción, que yo también sustenté, de la necesidad de una revolución para eliminar las fuerzas materiales que defienden el privilegio e impiden todo progreso social real, ha dado como consecuencia que muchos atribuyeran una importancia exclusiva al hecho insurreccional, sin pensar en lo que es necesario hacer para que una insurrección no siga siendo un acto estéril de violencia al cual podría responder luego otro acto de violencia reaccionaria. Para estos compañeros todas las cuestiones prácticas, los problemas de organización, el modo de proveer al pan cotidiano, son hoy cuestiones ociosas: son cosas, dicen ellos, que se resolverán de por sí, o las resolverá la posteridad... Y la conclusión es justamente ésta: o pensamos todos en la reorganización social, piensan los trabajadores en ella por sí mismos

59 *Pensiero e Volontà*, 15 de junio de 1924.

60 *Pensiero e Volontà*, 1° de junio de 1926.

61 *Pensiero e Volontà*, 1° de julio de 1926.

y lo hacen de inmediato, a medida que van destruyendo la vieja organización, y tendremos una sociedad más humana, más justa, más abierta a los progresos futuros; o pensarán los “dirigentes” y tendremos un nuevo gobierno, que hará lo que siempre hicieron los gobiernos, es decir, hará pagar a la masa los escasos y malos servicios que presta, quitándole la libertad y dejándola explotar por parásitos y privilegiados de todas clases.⁶²

Digo que para abolir al gendarme y a todas las instituciones sociales malélicas es necesario saber con qué queremos sustituirlo, no en un mañana más o menos lejano sino en seguida, el día mismo de la demolición. No se destruye, real y permanentemente, sino lo que se sustituye; y postergar para más tarde la solución de los problemas que se presentan con la urgencia de la necesidad equivaldría dar a las instituciones que pretendemos abolir el tiempo que necesitan para rehacerse de la sacudida que reciban e imponerse de nuevo, quizás con otros nombres, pero por cierto con la misma sustancia.

Nuestras soluciones podrán ser aceptadas por una parte suficiente de la población y habremos realizado la anarquía, o un paso hacia la anarquía; o podrán no ser comprendidas y aceptadas, y entonces nuestro trabajo servirá para la propaganda y presentará al gran público el programa del próximo porvenir. Pero en todo caso debemos tener soluciones nuestras: soluciones provisionarias, revisables y corregibles siempre a la luz de la experiencia, pero necesarias si no queremos sufrir pasivamente las soluciones de los demás, limitándonos a la poco proficua función de murmuradores incapaces e impotentes.⁶³

Yo creo que nosotros, los anarquistas, convencidos de la bondad de nuestro programa, debemos esforzarnos por adquirir una influencia predominante para poder orientar al movimiento hacia la realización de nuestros ideales: pero esa influencia deberemos lograrla haciendo más y mejor que los otros, y sólo será útil si la conquistamos de esa manera.

Debemos profundizar, desarrollar y propagar hoy nuestras ideas, y coordinar nuestras fuerzas para una acción común. Debemos actuar en medio del movimiento obrero para impedir que éste se limite y se corrompa en la búsqueda exclusiva de pequeñas mejoras compatibles con el sistema capitalista, y hacer de modo que esto sirva de preparación para la completa transformación social. Debemos trabajar en medio de las masas no organizadas y quizás imposibles de organizar, para despertar en ellas el espíritu de rebelión y el deseo y la esperanza de una vida libre y feliz. Debemos iniciar y secundar todos los posibles movimientos que tienden a debilitar las fuerzas del Estado y de los capitalistas y a elevar el nivel moral y las condiciones materiales de los trabajadores. Debemos, en suma, preparar y prepararnos, moral y materialmente, para el acto revolucionario que debe abrir el camino del porvenir.

Y mañana, en la revolución, debemos tomar una parte enérgica -si es posible primero y mejor que los otros- en la necesaria lucha material e impulsada a fondo para destruir todas las fuerzas represivas del Estado e inducir a los trabajadores a tomar posesión de los medios de producción -tierras, yacimientos mineros, fábricas, medios de transporte, etcétera- y de los productos ya fabricados, a organizar de inmediato por sí mismos una distribución equitativa de los artículos de consumo, y a proveer, al mismo tiempo, al intercambio entre comunas y regiones y a la continuación e intensificación de la producción y de todos los servicios útiles al público.

62 *Pensiero e Volontà*, 15 de junio de 1926.

63 *Pensiero e Volontà*, 1° de agosto de 1926.

Debemos, de todos los modos posibles y según las circunstancias y las posibilidades locales, promover la acción de las asociaciones obreras, de las cooperativas, de los grupos de voluntarios, para que no surjan nuevos poderes autoritarios, nuevos gobiernos, combatiéndolos con la fuerza si es necesario, pero sobre todo haciéndolos inútiles. Y cuando no encontráramos en el pueblo consenso suficiente y no pudiéramos impedir la reconstitución de un Estado con sus instituciones autoritarias y sus órganos coercitivos, deberíamos rehusarnos a participar en él y a reconocerlo, rebelarnos contra sus imposiciones y reclamar plena autonomía para nosotros mismos y para todas las minorías disidentes. Deberíamos, en síntesis, permanecer en estado de rebelión efectiva o potencial, y si no podemos vencer en el presente, preparar la lucha, por lo menos, para el porvenir...

Yo creo que lo importante no es el triunfo de nuestros planes, de nuestros proyectos, de nuestras utopías, que por lo demás requieren la confirmación de la experiencia y pueden ser modificadas, desarrolladas y adaptadas por ella a las reales condiciones morales y materiales de la época y del lugar. Lo que más importa es que el pueblo, los hombres todos pierdan los instintos y los hábitos borreguiles que les ha inspirado la milenaria esclavitud, y aprendan a actuar y a pensar libremente. Y los anarquistas deben dedicarse especialmente a esta gran obra de liberación moral.⁶⁴

[...]

A los anarquistas les corresponde la misión especial de ser vigilantes custodios de la libertad contra los aspirantes al poder y contra la posible tiranía de las mayorías.⁶⁵

Estamos de acuerdo en pensar que además del problema de asegurar la victoria contra las fuerzas materiales del adversario, está también el problema de hacer vivir la revolución después de la victoria. Estamos de acuerdo con que una revolución que produjese el caos no sería vital.

Pero no hay que exagerar: no tenemos por qué creer que debamos o podamos encontrar desde ahora una solución ideal para todos los problemas posibles. No hay que querer prever y determinar demasiado, pues en tal caso en lugar de preparar la anarquía construiríamos sueños irrealizables, o si no caeríamos en el autoritarismo y, conscientemente o no, nos propondríamos actuar como un gobierno que, en nombre de la libertad y de la voluntad popular, somete al pueblo a su propio dominio...⁶⁶

No podría yo admitir que todas las revoluciones pasadas, aun no siendo anarquistas, hayan resultado inútiles, ni que serán inútiles las del futuro que no sean todavía anarquistas. Por el contrario, me inclino a creer que el triunfo completo del anarquismo, más bien que por una revolución violenta, ocurrirá por evolución, en forma gradual, cuando una o varias revoluciones precedentes hayan destruido los más grandes obstáculos militares y económicos que se oponen al desarrollo moral de la población, al aumento de la producción hasta el nivel de las necesidades y de los deseos y a la armonización de los intereses en pugna.

De todos modos, si tenemos en cuenta nuestras escasas fuerzas y las disposiciones predominantes entre las masas, y si no queremos tomar por realidad nuestros deseos, debemos esperar que la próxima revolución, quizás inminente, no sea anarquista, y por ello lo más urgente es pensar en lo que podemos y debemos hacer en una revolución en la cual sólo seremos una minoría relativamente pequeña y mal armada...

64 *Il Risveglio*, 14 de diciembre de 1929.

65 *Il Risveglio*, 30 de noviembre de 1929.

66 *Vogliamo*, junio de 1930.

Debemos cuidar, sin embargo, de no volvernos menos anarquistas por el hecho de que la masa no sea capaz de anarquía. Si la masa quiere un gobierno, podremos probablemente impedir que se forme un nuevo gobierno, pero no deberemos por esto dejar de hacer lo posible para persuadir a la gente de que el gobierno es inútil y dañino y para impedir que el nuevo gobierno se imponga también a nosotros y a los que no lo quieren. Deberemos aplicarnos a que la vida social, y especialmente la vida económica, continúen y mejoren sin intervención del gobierno, y para ello tenemos que estar preparados lo mejor posible para los problemas prácticos de la producción y de la distribución, recordando además que los más aptos para organizar el trabajo son quienes lo hacen, cada uno en su propio oficio.

Si no podemos impedir la constitución de un nuevo gobierno, si no podemos abatirlo en seguida, deberemos en todos los casos negarle toda ayuda. Rehusarnos a prestar servicio militar, negarnos a pagar los impuestos. No obedecer por principio, resistir hasta el último extremo a toda imposición de las autoridades y rehusamos en absoluto a aceptar cualquier puesto de mando.

Si no podemos abatir al capitalismo, deberemos exigir para nosotros y para todos los que quieran el derecho al uso gratuito de los medios de producción necesarios para una vida independiente. Aconsejar cuando tengamos consejos que dar, enseñar si sabemos más que los otros, dar el ejemplo de una vida basada en el libre acuerdo, defender, incluso con la fuerza, si es necesario y posible, nuestra autonomía contra cualquier pretensión del gobierno... pero mandar, nunca.

Así no haremos la anarquía, porque la anarquía no se hace contra la voluntad de la gente, pero la prepararemos.⁶⁷

Constitutivos de la Revolución Social, Malatesta analizó de manera clara tres problemas: el hecho insurreccional, la expropiación de los medios de producción y la defensa de la revolución.

Son las masas las que hacen [la insurrección], pero las masas no pueden prepararla técnicamente. Hacen falta los hombres, los grupos, los partidos, ligados por libres pactos, comprometidos al secreto, provistos de los medios necesarios que pueden crear esa red de comunicaciones rápidas indispensables para el rápido conocimiento de todos los hechos susceptibles de provocar un movimiento popular y su rápida propagación.

Y cuando decimos que la organización revolucionaria debe ser una organización específica construida fuera de los partidos oficiales, es porque éstos tienen otras tareas que excluyen el secreto necesario para las cosas ilegales, pero es también, sobre todo, porque no tenemos confianza en la voluntad revolucionaria de los partidos afines a nosotros, tal como están hoy constituidos.⁶⁸

[...]

Naturalmente el “pequeño número”, la minoría, debe ser suficiente, y nos juzga mal quien piense que nosotros querríamos hacer una insurrección por día sin tener en cuenta las fuerzas en pugna y las circunstancias favorables o no.

Hemos podido hacer, hemos hecho realmente, en tiempos ya remotos, minúsculos movimientos insurreccionales que no tenían ninguna probabilidad de éxito. Pero entonces

67 *Vogliamo*, junio de 1930.

68 *Umanità Nova*, 7 de agosto de 1920

éramos de verdad un pequeño puñado, queríamos obligar al público a discutir y nuestros intentos constituían simplemente medios de propaganda.

Ahora no se trata ya de sublevarse para hacer propaganda: ahora podemos vencer, y por lo tanto queremos vencer, y no hacemos intentos sino cuando nos parece que podremos vencer. Naturalmente, es posible que nos engañemos y, por razones de temperamento, podamos creer que el fruto está maduro cuando todavía está verde, pero confesamos nuestra preferencia por los que quieren actuar demasiado pronto contra los que siempre quieren esperar, dejan pasar a propósito las mejores ocasiones y por temor de arrancar un fruto amargo permiten que todo se marchite.⁶⁹

Deberemos tratar de ser parte activa, y si es posible, preponderante, en el acto insurreccional. Pero una vez abatidas las fuerzas represivas que sirven para mantener al pueblo en la esclavitud, desbaratado el ejército, la policía, la justicia, etcétera, armada toda la población para que pueda oponerse a cualquier retorno ofensivo de la reacción, inducidos los voluntarios a tomar en sus manos la organización de la cosa pública y a proveer, con criterios de justicia distributiva a las necesidades más urgentes, sirviéndose con parsimonia de las riquezas existentes en las diversas localidades, deberemos empeñarnos en que se evite todo despilfarro y se respeten y utilicen las instituciones, las costumbres, los hábitos, los sistemas de producción, de intercambio, de asistencia que cumplen, aunque sea de una manera insuficiente y mala, funciones necesarias, tratando por cierto de hacer desaparecer todo rastro de privilegio, pero guardándonos de destruir lo que no se puede sustituir todavía con algo que responda mejor al bien de todos. Impulsar a los obreros a apoderarse de las fábricas, federarse entre sí y trabajar por cuenta de las colectividades, y empujar así a los campesinos a apoderarse de las tierras y de los productos usurpados por los señores y a entenderse con los obreros para producir los cambios necesarios.⁷⁰

Una vez derrocadas las fuerzas del gobierno, es necesario prepararse para la defensa de la revolución y evitar que la misma sea llevada por cauces autoritarios que construyan un nuevo Estado, o que la reacción venza a las fuerzas revolucionarias.

¡Ha caído el gobierno! ¿Qué hacer? [El método anarquista sería]: Una vez derrocadas las autoridades monárquicas, destruidos los cuerpos de policía, disuelto el ejército, no reconoceríamos a ningún nuevo gobierno, especialmente si se tratase de un gobierno central que pretendiera dirigir y regular el movimiento. Impulsaríamos a los trabajadores a tomar posesión total de la tierra, de las fábricas, de los ferrocarriles, de los barcos, en síntesis, de todos los medios de producción, a organizar en seguida la nueva producción, abandonando para siempre los trabajos inútiles y dañinos y provisoriamente los de lujo, concentrando el máximo de las fuerzas en la producción de artículos alimenticios y de otros objetos de primera necesidad. Impulsaríamos a la recolección y a la economía de todos los productos existentes y a la organización del consumo local y del intercambio entre localidades vecinas y lejanas, conforme a las exigencias de la justicia y a las necesidades y posibilidades del momento. Cuidaríamos que la ocupación de las casas vacías o poco habitadas se realizara de manera que nadie quedara sin vivienda y cada uno tuviera un alojamiento correspondiente en los

69 *Umanità Nova*, 6 de septiembre de 1921.

70 *Vogliamo*, junio de 1930.

locales disponibles en relación con la población. Nos apresuraríamos a abolir los bancos, a destruir los títulos de propiedad y todo lo que representa y garantiza la potencia del Estado y el privilegio capitalista, y trataríamos de crear un estado de cosas que hiciera imposible la reconstrucción de la sociedad burguesa.

Y todo esto, y lo demás que fuera necesario para satisfacer las necesidades del público y el desarrollo de la revolución, se haría por obra de voluntarios, de comités de todas clases, de congresos locales, intercomunales, regionales, nacionales, que proveerían a la coordinación de la vida social tomando las decisiones necesarias, aconsejando y realizando lo que creyesen útil, pero sin tener ningún derecho y ningún medio para imponer con la fuerza su voluntad, y confiando sólo para encontrar apoyo en los servicios que prestaran y en las necesidades de la situación reconocida por los interesados.

Sobre todo, nada de gendarmes, cualquiera sea el nombre que tomen, sino constitución de milicias voluntarias, sin ninguna injerencia, en tanto milicias, en la vida civil, y sólo para hacer frente a los posibles retornos armados de la reacción o a los ataques del exterior, por parte de países donde no ha ocurrido todavía la revolución...⁷¹

La insurrección victoriosa es el hecho más eficaz para la emancipación popular, porque el pueblo, una vez sacudido el yugo, queda en libertad para darse las instituciones que considere mejores, y se supera de un salto la distancia que existe entre la ley, siempre en retraso, y el grado de civilización a que ha llegado la masa del pueblo. La insurrección determina la revolución, es decir, el rápido surgimiento de las fuerzas latentes acumuladas durante la evolución anterior.

Todo depende de lo que el pueblo sea capaz de querer.

En las insurrecciones armadas el pueblo, inconsciente de las razones verdaderas de sus males, ha querido siempre muy poco y consiguió muy poco.⁷²

De este modo, la expropiación, además de ser un acto fundamental para la reconstrucción social, es la única forma de socavar las bases de la reacción.

Para suprimir en forma radical y sin peligro de retorno esta opresión, es necesario que todo el pueblo esté convencido del derecho que tiene al uso de los medios de producción, y que realice este derecho suyo en forma primordial expropiando a los detentadores del suelo y de todas las riquezas sociales y poniendo aquél y éstas a disposición de todos los hombres.⁷³

Será necesario, si se quiere cambiar verdaderamente la sustancia y no sólo la forma exterior del régimen, abatir de hecho al capitalismo expropiando a los detentadores de la riqueza social y organizando en seguida, localmente, sin pasar por ningún trámite legal, la nueva vida social. Lo cual quiere decir que para hacer la “república social” es necesario hacer primero... ¡la Anarquía!⁷⁴

Uno de los puntos fundamentales del anarquismo es la abolición del monopolio de la tierra, de las materias primas y de los instrumentos de trabajo, y consiguientemente la abolición de la explotación del trabajo de otro que realizan los detentadores de los medios de

71 *Umanità Nova*, 7 de abril de 1922.

72 *Il Programma Anarchico*, Boloña, 1920.

73 *Il Programma Anarchico*, Boloña, 1920.

74 *Umanità Nova*, 1° de abril de 1920.

producción. Toda apropiación del trabajo de otro, de todo lo que sirve a un hombre para vivir sin dar a la sociedad su contribución productiva, es un robo desde el punto de vista anárquico y socialista.⁷⁵

Pero la expropiación no alcanza para abjurar los riesgos de la reacción, sino que debemos ser conscientes que los actuales detentadores del poder y la riqueza usarán todos los medios a su alcance para mantener su posición. Para esto, es deber de los revolucionarios “impulsar la revolución a fondo”.

Mientras haya alguien que pueda obligar a otro a trabajar para él, mientras haya alguien que pueda violentar la libertad de otro tomándolo por la garganta o por el vientre, la revolución no se terminará, y nosotros estaremos aún en estado de legítima defensa y a la violencia que oprime opondremos la violencia que libera.

¿Teméis que los burgueses desposeídos alquilen inconscientes para restaurar el orden abatido? Despojadlos en serio y veréis que sin dinero no se compra a nadie.

¿Teméis la reacción militar? Armad a toda la población y ponédla en posesión real de todos los bienes de manera que cada uno tenga que defender su propia libertad y los medios que pueden asegurarle el bienestar, y veréis si los generales deseosos de aventuras encuentran a alguien que los siga. Además, si un pueblo armado, en posesión de la tierra, de las fábricas, de toda la riqueza fuese incapaz de defenderse y se dejase someter de nuevo al yugo, querría decir que ese pueblo es aún incapaz de libertad. La revolución habría fracasado y sería necesario recomenzar la tarea de educación y de preparación para hacer otra, que tendría mayores probabilidades de éxito porque aprovecharía las semillas plantadas por la primera.⁷⁶

Los peligros con que se enfrenta una revolución no provienen sólo, ni principalmente, de los reaccionarios, que conspiran por la restauración e invocan a la intervención extranjera: provienen también de la posibilidad de degeneración de la revolución misma, provienen de los arribistas, de aquellos que siendo o habiendo sido revolucionarios conservan sin embargo una mentalidad y sentimientos burgueses y tratan de volcar la revolución hacia fines bien distintos de los igualitarios y libertarios.⁷⁷

[...]

Hay aún muchas personas que se sienten fascinadas por la idea del “terror”. A esas personas les parece que la guillotina, los fusilamientos, las masacres, las deportaciones, los trabajos forzados -“horca y trabajos forzados” me decía recientemente un comunista de los más conocidos- son armas poderosas e indispensables de la revolución, y consideran que el hecho de que tantas revoluciones hayan sido derrotadas y no hayan dado el resultado que se esperaba de ellas ha sido producto de la bondad, de la “debilidad” de los revolucionarios, que no persiguieron, reprimieron y asesinaron lo suficiente.

Es un prejuicio corriente en ciertos ambientes revolucionarios, que tienen origen en la retórica y en las falsificaciones históricas de los apologistas de la Gran Revolución Francesa y que se ha visto revigorizado en estos últimos años por la propaganda de los bolcheviques. Pero la verdad es justamente lo opuesto; el terror ha sido siempre instrumento de la tiranía. En Francia sirvió a la siniestra tiranía de Robespierre y abrió el camino a Napoleón y a la reacción subsiguiente. En

⁷⁵ *Il Pensiero*, 16 de marzo de 1911.

⁷⁶ *Fede*, 25 de noviembre de 1923.

⁷⁷ *Umanità Nova*, 27 de agosto de 1920.

Rusia motivó la persecución y el asesinato de anarquistas y socialistas, las masacres de obreros y campesinos rebeldes, y truncó, en una palabra, el impulso de una revolución que podía abrir realmente una era nueva para la civilización. Quienes creen en la eficacia revolucionaria y liberadora de la represión y del salvajismo tienen la misma mentalidad atrasada que los *juristas*, que creen que se puede evitar el delito y moralizar al mundo por medio de penas severas.

El terror, como la guerra, despierta los sentimientos bestiales atávicos aún mal cubiertos por un barniz de civilización y lleva a los primeros puestos a los peores elementos que existen entre el pueblo. Y más bien que servir para defender a la revolución sirve para desacreditarla, para hacerla odiosa a la masa y, después de un período de luchas feroces, da necesariamente origen a lo que hoy llamaríamos “normalización”, es decir, a la legalización y perpetuación de la tiranía. Venza una parte o la otra, se llega siempre a la constitución de un gobierno fuerte, que asegura a unos la paz a expensas de la libertad y a los otros el dominio sin demasiados riesgos...

Por cierto, la revolución se defiende y desarrolla con lógica inexorable, pero no se debe y no se puede defenderla con medios que contradigan sus fines.

El gran medio de defensa de la revolución sigue siendo siempre el quitar a los burgueses los medios económicos del dominio, el armar a todos -mientras no se pueda inducir a los hombres a arrojar las armas como juguetes inútiles y peligrosos- e interesar en la victoria a toda la gran masa de la población. Si para vencer se debiese instalar la horca en las plazas, yo preferiría perder.⁷⁸

¿Y después de la revolución, es decir, después de la caída del poder existente y del triunfo definitivo de las fuerzas sublevadas?

Aquí entra realmente en funcionamiento el gradualismo.

Es necesario estudiar todos los problemas prácticos de la vida: producción, intercambio, medios de comunicación, relaciones entre los agrupamientos anarquistas y los que viven bajo una autoridad, entre colectividades comunistas y las que viven bajo un régimen individualista, vinculaciones entre ciudad y campo, utilización en beneficio de todos de las fuerzas naturales y de las materias primas, distribución de las industrias y de los cultivos según las condiciones naturales de las diversas regiones, instrucción pública, cuidado de los niños y de los incapaces, servicios sanitarios y médicos, defensa contra los delincuentes comunes y aquellos más peligrosos que intentaran aún suprimir la libertad de los otros en beneficio de individuos o de partidos, etcétera. Y de cada problema preferir las funciones que no sólo son económicamente más convenientes, sino que responden mejor a la necesidad de justicia y de libertad y dejan más abierto el camino a futuros mejoramientos. Llegado el caso, anteponer la justicia, la libertad y la solidaridad a las ventajas económicas.

No es necesario proponerse destruirlo todo creyendo que luego las cosas se ajustarán por sí solas. La civilización actual es fruto de una evolución milenaria y ha resuelto de alguna manera el problema de la convivencia de millones y millones de hombres, apiñados a menudo en territorios restringidos, y el de la satisfacción de necesidades cada vez mayores y más complicadas. Sus beneficios han disminuido -y para la gran masa casi desaparecido- por el hecho de que la evolución se realizó bajo la presión de la autoridad y en interés de los dominadores, pero si se quita la autoridad y el privilegio subsisten siempre las ventajas adquiridas, los triunfos del hombre sobre las fuerzas adversas de la naturaleza, la experiencia acumulada por las generaciones pasadas, los hábitos de sociabilidad adquiridos en la larga convivencia y en los probados beneficios de la ayuda mutua: sería insensato, y por lo demás imposible, renunciar a todo esto.

78 *Pensiero e Volontá*, 1° de octubre de 1924.

[...]

Aunque seamos intransigentes contra toda imposición y toda explotación capitalista, deberemos ser tolerantes con todas las concepciones sociales que prevalecen en los diversos agrupamientos humanos, siempre que no lesionen la libertad y el igual derecho de los demás, y contentarnos con avanzar gradualmente a medida que se eleva el nivel moral de los hombres y crecen los medios materiales e intelectuales de que dispone la humanidad, haciendo naturalmente lo más que podamos con el estudio, el trabajo, la propaganda, para apresurar la evolución hacia ideales cada vez más elevados.⁷⁹

Pero después de la insurrección victoriosa, luego que ha caído el gobierno, ¿qué hay que hacer? Nosotros los anarquistas querríamos que en cada localidad los trabajadores, o más propiamente aquella parte de los trabajadores que tiene mayor conciencia y espíritu de iniciativa, tomase posesión de todos los instrumentos de trabajo, de toda la riqueza, la tierra, las materias primas, las casas, las máquinas, los productos alimenticios, etcétera, y comenzase de la mejor manera posible a trazar los lineamientos de la nueva forma de vida social. Querríamos que los trabajadores de la tierra que hoy trabajan para los patrones no reconocieran ningún derecho más a los propietarios y siguieran e intensificaran el trabajo por su propia cuenta, entrando en relaciones directas con los obreros de las industrias y de los transportes para el intercambio de los productos; que los obreros de las industrias, incluidos los ingenieros y los técnicos, tomaran posesión de las fábricas y continuaran e intensificaran el trabajo por cuenta propia y de la colectividad transformando en seguida todas las fábricas que hoy producen cosas inútiles o dañinas en productoras de las cosas que más urgen para satisfacer las necesidades del público; que los ferroviarios siguieran manejando los ferrocarriles pero en servicio de la colectividad; que comités de voluntarios o de personas elegidas por la población tomaran posesión, bajo el control directo de las masas, de todas las instalaciones disponibles para alojar lo mejor que por el momento se pudiese a todos los más necesitados; que otros comités, siempre bajo el control directo de las masas, proveyeran al aprovisionamiento y a la distribución de los artículos de consumo; que todos los actuales burgueses se vieran necesitados a confundirse entre la multitud de los que fueron proletarios y a trabajar como los otros para gozar de los mismos beneficios que los demás. Y todo esto en seguida, en el día mismo o al día siguiente de la insurrección victoriosa, sin esperar órdenes de comités centrales o de cualquier otra autoridad.

Esto es lo que quieren los anarquistas, y es además lo que ocurriría naturalmente si la revolución fuera en verdad una revolución social y no se redujera a un simple cambio político, que después de algunas convulsiones retrotraería las cosas al estado anterior.

En efecto, o se quita de inmediato a la burguesía el poder económico o ésta retornaría en breve lapso incluso el poder político que la insurrección le hubiera arrancado. Y para poder quitar a la burguesía el poder económico es necesario organizar inmediatamente un nuevo ordenamiento económico basado sobre la justicia y la igualdad. Las necesidades económicas, por lo menos las más esenciales, no admiten interrupción y es necesario, satisfacerlas en seguida. Los “comités centrales” no hacen nada o actúan cuando ya no hay ninguna necesidad de que lo hagan.⁸⁰

⁷⁹ *Pensiero e Volontà*, 1° de octubre de 1925.

⁸⁰ *Umanità Nova*, 12 de agosto de 1920.

La organización de los anarquistas

Uno de los principales problemas a definir por los y las anarquistas es el relacionado con nuestras formas de organización y acción revolucionarias. Este problema se encuentra claramente relacionado con nuestra concepción de la revolución: buscamos, como sintetizó la Primera Internacional, que “la emancipación de los trabajadores sea obra de los trabajadores mismos”. En este sentido, nos parece útil la diferenciación que hace Malatesta:

Hay dos fracciones entre quienes reivindican, con adjetivos variados o sin ellos, el nombre de anarquistas: los partidarios y los adversarios de la organización.

Si no podemos llegar a ponernos de acuerdo, tratemos por lo menos de entendernos.

Y ante todo distingamos, porque la cuestión es triple: la organización en general como principio y condición de vida social, hoy y en la sociedad futura; la organización del partido anarquista; y la organización de las fuerzas populares y, especialmente, la [organización] de las masas trabajadoras para la resistencia contra el gobierno y el capitalismo...

Y el error fundamental de los anarquistas adversarios de la organización consiste en creer que no puede haber organización sin autoridad, por lo cual prefieren, admitida esta hipótesis, renunciar más bien a cualquier tipo de organización antes que aceptar la más mínima autoridad.

Ahora bien, parece cosa evidente que la organización, es decir, la asociación con un fin determinado y con las formas y medios necesarios para ese fin, resulta algo imprescindible para la vida social. El hombre aislado no puede vivir ni siquiera la vida del bruto: es impotente, salvo en las regiones tropicales y cuando la población es excesivamente escasa, para procurarse el alimento; y lo es siempre, sin excepciones, para elevarse a una vida que sea un poco superior a la de los demás animales. Debiendo entonces unirse con los otros hombres, más aún, encontrándose unido con ellos como consecuencia de la evolución anterior de la especie, el hombre debe sufrir la voluntad de los demás -ser esclavo-, o imponer su propia voluntad a los otros -ser la autoridad-, o vivir con los demás en fraternal acuerdo con miras al mayor bien de todos -ser un asociado-. Nadie puede eximirse de esta necesidad; y los antiorganizadores más excesivos no sólo sufren la organización general de la sociedad en que viven, sino también en los actos voluntarios de su vida, e incluso en su rebelión contra la organización se unen, se dividen el trabajo, se organizan con aquellos con los que están de acuerdo y utilizan los medios que la sociedad pone a su disposición.⁸¹

Resuelto este primer problema sobre la necesidad de la organización social para satisfacer nuestras necesidades y alcanzar nuestros objetivos y la posibilidad de hacerlo sin autoridad, por medios libertarios, creemos importante pasar a la discusión de cómo debemos actuar los

81 *Il Risveglio*, 15 de octubre de 1927.

anarquistas, en tanto que tendencia revolucionaria de las y los oprimidos. Para abordar estos problemas, nos parece importante abordar los escritos de Bakunin, basados en su experiencia en la Internacional y en organizaciones revolucionarias, como la Alianza Internacional de la Democracia Socialista.

Para entender más claramente esta situación -la existencia de la Alianza y su actuación al interior de la Internacional- nos parece necesario recordar que dentro de la Internacional existían las Secciones Centrales, conformadas por los grupos de activistas con ideologías claramente demarcadas, y por el otro las Secciones Sindicales.⁸² Dentro de las primeras se encontraban tanto corrientes que profesaban la colaboración de clases como sectores reformistas y/o autoritarias. La Alianza existía entonces como forma de garantizar que la Internacional se constituyera en un movimiento sindical masivo y revolucionario.

A quienes nos pregunten qué motivo tiene la existencia de la Alianza desde que existe la [Asociación] Internacional [de los Trabajadores], respondemos: la Internacional es, desde luego, una magnífica institución; es, inneglamente, la más bella, la más útil, la más bienhechora creación de nuestro siglo. Ha creado la base de la solidaridad de los trabajadores de todo el mundo. Les ha dado un principio de organización a través de las fronteras de todos los Estados y al margen del mundo de los explotadores y de los privilegiados. Y ha hecho más aún: hoy ya contiene los primeros gérmenes de la futura organización de la unidad, y al mismo tiempo le ha dado al proletariado de todo el mundo el sentimiento de su propio poder. Son, claro está, inmensos servicios que ha prestado a la gran causa de la revolución universal y socialista. Pero no es una institución suficiente para organizar y dirigir la revolución.

Todos los revolucionarios que han tomado parte activa en los trabajos de la Internacional, en el país que fuere, desde 1864 -año de su fundación- están convencidos de ello. La Internacional prepara los elementos de la organización revolucionaria, pero no la lleva a cabo. Los prepara al organizar la lucha pública y legal de los trabajadores solidarios de todos los países contra los explotadores del trabajo -capitalistas, propietarios y empresarios industriales-, pero nunca va más allá. La única cosa que hace por fuera de esa obra, de por sí tan útil, es la propaganda teórica de las ideas socialistas entre las masas obreras, que es una obra igualmente muy útil y muy necesaria para la preparación de la revolución de las masas.⁸³

[...]

La Alianza es el necesario complemento de la Internacional. [...] Pero la Internacional y la Alianza, aun cuando tienden a la misma finalidad, al mismo tiempo persiguen objetivos diferentes. Una tiene la misión de agrupar a las masas obreras, los millones de trabajadores, a través de las diferencias de las naciones y los países, a través de las fronteras de todos los Estados en un solo cuerpo, inmenso y compacto; la otra -la Alianza- tiene la misión de dar a esas masas una orientación realmente revolucionaria. Los programas de una y otra, sin que en modo alguno sean opuestos, son diferentes por el grado mismo de su respectivo desarrollo. El de la Internacional, si se lo toma con toda la seriedad del caso,

82 Esto se verá explicado en mayor profundidad en el próximo capítulo.

83 Manuscrito inédito, publicado en: Max Nettlau, *The life of Michael Bakunin. Michael Bakunin, eine biographie, privately printed*, Londres, 1896-1890. La traducción se encuentra en: *La Libertad. Obras escogidas de Bakunin*, AGEBE, Buenos Aires, 2005, páginas 124-125.

contiene en germen, pero solo en germen, todo el programa de la Alianza. El programa de la Alianza es la explicación última del programa de la Internacional.⁸⁴

Este planteo de Bakunin ha despertado muchas dudas en innumerables compañeras y compañeros, dado que muchos no han comprendido la relación que se establecía entre una y otra organización. Incluso, la existencia de la Alianza fue la excusa de Marx para expulsar a Bakunin de la Internacional, a quien acusó de haber creado “una Internacional dentro de la Internacional”.

Para clarificar cuál era la posición de Bakunin sobre la relación entre los revolucionarios y las revolucionarias y las masas, debemos tener en cuenta sus ideas sobre la libertad y la influencia.

La influencia natural no es una violación de la libertad. Quien pretenda que la actividad organizada de esta manera viola la libertad de las masas o constituye un intento de crear un nuevo poder autoritario es, en nuestra opinión, un sofista o un tonto. La posición extrema en este sentido corresponde a quienes ignoran la ley natural y social de solidaridad humana hasta el extremo de imaginar que la absoluta independencia mutua de los individuos y de las masas es posible o deseable. Desear esto es desear la aniquilación real de la sociedad, porque toda vida social es simplemente esa incesante dependencia mutua de los individuos y las masas. Todos los individuos, incluso los más fuertes y los más inteligentes, son en todo momento productores y productos, a la vez, de la voluntad y la acción de las masas.

La libertad de cada individuo es el efecto siempre renovado de la multitud de influencias materiales, intelectuales y morales ejercidas por los individuos que lo rodean, por la sociedad donde ha nacido y en la que se desarrolla y muere. Pretender escapar a esta influencia en nombre de una libertad trascendental, divina, absolutamente egoísta y autosuficiente es condenarse uno mismo a la inexistencia; y querer renunciar al ejercicio de esta libertad sobre otros es renunciar a toda acción social, a la expresión misma de los propios pensamientos y sentimientos. Significa terminar en la inexistencia. Esta independencia, tan exaltada por los idealistas y metafísicos, y la libertad individual concebida en este sentido, son nada, un no ser.

En la Naturaleza -como en la sociedad humana, que es de algún modo diferente de la Naturaleza- cada ser vive sólo por el principio superior de la más positiva intervención en la existencia de los otros seres. La medida de esta intervención sólo varía de acuerdo con la naturaleza del individuo. La destrucción de esta influencia mutua significaría la muerte. Cuando pedimos libertad para las masas, no pretendemos excluir las influencias naturales ejercidas sobre ellas por individuos o grupos de individuos. Lo queremos es abolir las influencias artificiales, privilegiadas, legales y oficiales.⁸⁵

Para conocer mejor el carácter de la Alianza, a continuación reproducimos su Declaración de Principios así como sus estatutos.

84 Íbid. página 126

85 PA

DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS

1. La Alianza quiere, ante todo, la abolición definitiva y completa de las clases y la igualdad económica y social de los individuos de ambos sexos. Para llegar a este objeto, pide la abolición de la propiedad individual y del derecho de heredar, a fin de que en el porvenir sea el goce proporcionado a la producción de cada uno, y que conforme con las decisiones tomadas por los últimos congresos de Bruselas y Basilea, la tierra y los instrumentos de trabajo, como cualquier otro capital, llegando a ser propiedad colectiva de la Sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales.

2. Quiere para todos los niños de ambos sexos, desde que nazcan, la igualdad en los medios de desarrollo, es decir, de alimentación, de ilustración y de educación en todos los grados de la ciencia y de la industria y de las artes, convencida de que esto dará por resultado que la igualdad solamente económica y social en su principio, llegará a ser también intelectual, haciendo desaparecer todas las desigualdades ficticias, productos históricos de una organización tan falsa como inicua.

3. Enemiga de todo despotismo, no reconoce ninguna forma de Estado, y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; pues quiere que todos los Estados políticos y autoritarios actualmente existentes se reduzcan a simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, estableciéndose la unión universal de las libres asociaciones tanto agrícolas como industriales.

4. No pudiendo la cuestión social encontrar su solución definitiva y real sino en la base de la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países, la Alianza rehúsa toda marcha que se funde sobre el llamado patriotismo y sobre la rivalidad de las naciones.

5. La Alianza se declara atea; quiere la abolición de los cultos; la sustitución de la ciencia a la fe y de la justicia humana a la justicia divina.

ESTATUTOS

1. La Alianza de la Democracia Socialista estará constituida por miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, y tendrá por objeto la propaganda y desarrollo de los principios de su programa y el estudio y práctica de todos los medios propios para alcanzar la emancipación directa e inmediata de la clase obrera.

2. A fin de conseguir los mayores resultados posibles y de no comprometer la marcha de la organización social, la Alianza será eminentemente secreta.

3. Para la admisión de nuevos socios se procederá, a propuesta de algún miembro antiguo, al nombramiento de una comisión encargada de examinar detenidamente el carácter y circunstancias del aspirante, quien podrá ser admitido por votos de mayoría de socios, después de haber oído éstos el dictamen de la comisión examinadora.

4. No puede ser admitido miembro alguno sin antes haber aceptado sincera y completamente los principios del programa, y prometido hacer a su alrededor, según la medida de sus fuerzas, la propaganda más activa de ellos, tanto por el ejemplo, como por la palabra.

5. La Alianza influirá cuanto pueda en el seno de la Federación obrera local para que no tome una marcha reaccionaria o antirrevolucionaria.

6. Celebrará reunión general de socios a lo menos una vez cada semana.

7. En cada reunión se nombrará presidente y secretario; el primero para aquel acto y el segundo hasta haber dado cuenta de su cometido en la próxima sesión y conservando la representación social durante el intervalo para todo cuanto sea necesario. Las actas y los acuerdos serán depositados en el local de la reunión.

8. Existirá una perfecta solidaridad entre todos los miembros aliados, de tal manera que los acuerdos tomados por la mayoría de ellos serán obligatorios para todos los demás, sacrificando siempre en beneficio de la unidad de acción, las apreciaciones particulares que pudieran existir entre los miembros.

9. La mayoría de los socios podrá separar de la Alianza, sin expresión de causa, a cualquiera de sus miembros.

10. Cada miembro de la Asociación en los momentos difíciles de su vida tendrá derecho a la protección fraternal de todos y de cada uno de los asociados.

11. Para sufragar los gastos necesarios al fin que se propone la Alianza, cada miembro pagará una cotización semanal de 50 céntimos de real, que guardará el depositario.

12. En todos los puntos reglamentarios no previstos en los presentes estatutos se observarán las prácticas propias de cada asociación democrática.

Toda modificación a los presentes estatutos deberá ser aprobada a lo menos por dos terceras partes de sus miembros.⁸⁶

Como hemos visto al principio de este capítulo, Errico Malatesta se encolumnaba dentro de la tendencia pro organizativa del anarquismo. La constitución de organizaciones para la acción ha sido siempre su principal preocupación. A continuación, seguimos exponiendo sus posiciones al respecto.

Admitida como posible la existencia de una colectividad organizada sin autoridad, es decir, sin coacción -y para los anarquistas es necesario admitirlo porque en caso contrario el anarquismo no tendría sentido-, pasamos a hablar de la organización del partido anarquista.

También en este caso la organización nos parece útil y necesaria. Si partido significa un conjunto de individuos que tienen un fin común y se esfuerzan por alcanzarlo, es natural que se entiendan, unan sus fuerzas, se dividan el trabajo y tomen todas las medidas que juzguen aptas para llegar a aquel fin. Permanecer aislados actuando o queriendo actuar cada uno por su cuenta sin entenderse con los demás, sin prepararse, sin unir en un haz potente las débiles fuerzas de los individuos, significa condenarse a la impotencia, malgastar la propia energía en pequeños actos sin eficacia y muy pronto perder la fe en la meta y caer en la completa inacción...

Un matemático, un químico, un psicólogo, un sociólogo pueden decir que no tienen programa o que no tienen el de buscar la verdad: quieren conocer, no quieren *hacer* algo.

Pero el anarquismo y el socialismo no son ciencias: son propósitos, proyectos que los anarquistas y los socialistas desean poner en práctica y que por ello tienen necesidad de ser formulados en programas determinados.

86 Nettlau, Max. *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España 1868-1873* (editado en 1924), ed. Madrid, 1977, pp. 62-64. Nettlau agrega que en el documento "Cuestión de la Alianza" se consigna: "La Alianza era completamente democrática, pues ni aún comité regional tenía, sino que todas las secciones se comunicaban y se consultaban entre sí".

Si es cierto que [la organización crea jefes], es decir, si es cierto que los anarquistas son incapaces de reunirse y ponerse de acuerdo entre sí sin someterse a ninguna autoridad, esto quiere decir que son aún muy poco anarquistas y que antes de pensar en establecer el anarquismo en el mundo deben pensar en volverse capaces ellos mismos de vivir anárquicamente. Pero el remedio no residiría ya en la organización, sino en la acrecentada conciencia de los miembros individuales...

Tanto en las sociedades pequeñas como en las grandes, aparte de la fuerza bruta, que no tiene nada que ver con nuestro caso, el origen y la justificación de la autoridad reside en la desorganización social. Cuando una colectividad tiene una necesidad y sus miembros no saben organizarse espontáneamente y por sí mismos para atenderla, surge alguien, una autoridad, que satisface esa necesidad sirviéndose de las fuerzas de todos y dirigiéndolas a su voluntad. Si las calles son inseguras y el pueblo no sabe solucionar el problema, surge una policía que, por algún servicio que presta, se hace soportar y pagar, y se impone y tiraniza. Si hay necesidad de un producto, y la colectividad no sabe entenderse con los productores lejanos para hacérselo enviar a cambio de productos del país, surge el mercader que medra con la necesidad que tienen unos de vender y los otros de comprar, e impone los precios que él quiere a los productores y a los consumidores.

Ved lo que ha sucedido siempre entre nosotros: cuanto menos organizados estamos tanto más nos encontramos a discreción de algún individuo. Y es natural que así sea...

De modo que la organización, lejos de crear la autoridad es el único remedio contra ella y el solo medio para que cada uno de nosotros se habitúe a tomar parte activa y consciente en el trabajo colectivo y deje de ser instrumento pasivo en manos de los jefes...

Pero una organización, se dice, supone la obligación de coordinar la propia acción y la de los otros, y por lo tanto viola la libertad, traba la iniciativa. A nosotros nos parece que lo que verdaderamente elimina la libertad y hace imposible la iniciativa es el aislamiento que vuelve a los hombres impotentes. La libertad no es el derecho abstracto sino la posibilidad de hacer una cosa: esto es cierto entre nosotros como lo es en la sociedad general. Es en la cooperación de los otros hombres donde el hombre encuentra los medios para desplegar su actividad, su poder de iniciativa.⁸⁷

Una organización anarquista debe fundarse, a mi juicio, sobre la plena autonomía, sobre la plena independencia, y por lo tanto la plena responsabilidad de los individuos y de los grupos; el libre acuerdo entre los que creen útil unirse para cooperar con un fin común; el deber moral de mantener los compromisos aceptados y no hacer nada que contradiga el programa aceptado. Sobre estas bases se adoptan luego las formas prácticas, los instrumentos adecuados para dar vida real a la organización. De ahí los grupos, las federaciones de grupos, las federaciones de federaciones, las reuniones, los congresos, los comités encargados de la correspondencia o de otras tareas. Pero todo esto debe hacerse libremente, de modo de dar mayor alcance a los esfuerzos que, aislados, serían imposibles o de poca eficacia.

Así los congresistas en una organización anarquista, aunque adolezcan como cuerpos representativos de todas las imperfecciones... están exentos de todo autoritarismo porque no hacen leyes, no imponen a los demás sus propias deliberaciones. Sirven para mantener y aumentar las relaciones personales entre los compañeros más activos, para sintetizar y fomentar los estudios programáticos sobre las vías y medios de acción, para hacer conocer a todos

87 *L'Agitazione*, 11 de junio de 1897.

las situaciones de las diversas regiones y la acción que más urge en cada una de ellas, para formular las diversas opiniones corrientes entre los anarquistas y hacer de ellas una especie de estadística -y sus decisiones no son reglas obligatorias, sino sugerencias, consejos, propuestas que deben someterse a todos los interesados y no se vuelven obligatorias, ejecutivas, sino para quienes las aceptan y mientras las acepten-. Los órganos administrativos que ellos nombran -comisión de correspondencia, etcétera- no tienen ningún poder directivo, no toman iniciativas sino por cuenta de quien solicita y aprueba esas iniciativas, y no tienen ninguna autoridad para imponer sus propios puntos de vista, que ellos pueden por cierto sostener y difundir como grupos de compañeros, pero no pueden presentar como opiniones oficiales de la organización. Ellos publican las resoluciones de los congresos y las opiniones y las propuestas que grupos e individuos se comunican entre sí; y sirven, para quien quiera utilizarlos, para facilitar las relaciones entre los grupos y la cooperación entre quienes están de acuerdo sobre las diversas iniciativas: todos están en libertad, si les parece, de mantener contacto directo con cualquiera, o de servirse de otros comités nombrados por agrupamientos especiales.

En una organización anarquista todos los miembros pueden expresar todas las opiniones y emplear todas las técnicas que no estén en contradicción con los principios aceptados y no dañen la actividad de los demás. En todos los casos una determinada organización dura mientras las razones de unión sean superiores a las de disenso: en caso contrario se disuelve y deja su lugar a otros agrupamientos más homogéneos.

Por cierto, la duración, la permanencia de una organización es condición del éxito en la larga lucha que debemos librar, y por otro lado es natural que todas las instituciones aspiren, por instinto, a durar indefinidamente. Pero la duración de una organización libertaria debe ser consecuencia de la afinidad espiritual de sus componentes y de la adaptabilidad de su constitución, a los continuos cambios de las circunstancias: cuando ya no es capaz de cumplir una función útil es mejor que muera.⁸⁸

Nos sentiríamos por cierto felices si pudiéramos todos ponernos de acuerdo y unir todas las fuerzas del anarquismo en un movimiento, etcétera...

Es mejor estar desunidos que mal unidos. Pero querríamos esperar que cada individuo se uniera con sus amigos y que no existieran fuerzas aisladas, o fuerzas desperdiciadas.⁸⁹

Nos falta hablar de la organización de las masas trabajadoras para la resistencia contra el gobierno y contra los patrones... Los trabajadores no podrán emanciparse nunca mientras no encuentren en la unión la fuerza moral, la fuerza económica y la fuerza física que es necesaria para derrotar a la fuerza organizada de los opresores.

Ha habido anarquistas, y los hay todavía por lo demás, que aun reconociendo... la necesidad de organizarse hoy, para la propaganda y la acción, se muestran hostiles a todas las organizaciones que no tengan como objetivo directo el anarquismo y no sigan métodos anarquistas... A esos compañeros les parecía que todas las fuerzas organizadas para un fin que no fuera radicalmente revolucionario eran fuerzas sustraídas a la revolución. A nosotros nos parece, en cambio, y la experiencia nos ha dado ya lamentablemente razón, que este método condenaría al movimiento anarquista a una perpetua esterilidad.

Para hacer propaganda hay que encontrarse en medio de la gente, y es en las asociaciones obreras donde los trabajadores encuentran a sus compañeros y en especial a aquellos

88 *Il Risveglio*, 15 de octubre de 1927.

89 *L'Agitazione*, 11 de junio de 1897.

que están más dispuestos a comprender y a aceptar nuestras ideas. Pero aunque se pudiese hacer fuera de las asociaciones toda la propaganda que se quisiera, ésta no podría tener efecto sensible sobre la masa trabajadora. Aparte de un pequeño número de individuos, más decididos y capaces de reflexión abstracta y de entusiasmos teóricos, el trabajador no puede llegar de golpe al anarquismo. Para llegar a ser anarquista en serio, y no solamente de nombre, es necesario que el trabajador empiece a sentir la solidaridad que lo vincula con sus compañeros, que aprenda a cooperar con los demás en la defensa de los intereses comunes, y que al luchar contra los patrones y el gobierno que los sostiene, comprenda que los patrones y los gobiernos son parásitos inútiles y que los trabajadores podrían conducir por sí mismos la economía social. Y cuando ha comprendido esto es anarquista aunque no lleve ese nombre.

Por lo demás, favorecer las organizaciones populares de todas clases es consecuencia lógica de nuestras ideas fundamentales, y debería por lo tanto formar parte de nuestro programa.

Un partido autoritario, que trata de apoderarse del poder para imponer sus propias ideas, tiene interés en que el pueblo siga siendo una masa amorfa, incapaz de obrar por sí mismo y, por lo tanto, siempre fácil de dominar. Y por ello lógicamente ese partido no debe desear más que la pequeña cantidad de organización que necesita para llegar al poder y sólo la de ese tipo: organización electoral, si desea llegar por medios legales; organización militar, si confía, en cambio, en una acción violenta.

Pero nosotros los anarquistas no podemos *emancipar* al pueblo; queremos que el pueblo se *emancipe*. No creemos en el bien que viene de lo alto y se impone por la fuerza; queremos que el nuevo modo de vida social surja de las vísceras del pueblo y corresponda al grado de desarrollo alcanzado por los hombres y pueda progresar a medida que éstos progresan. A nosotros nos importa, por lo tanto, que todos los intereses y todas las opiniones encuentren en una organización consciente la posibilidad de hacerse valer y de influir sobre la vida colectiva en proporción a su importancia.

Como cierre a este capítulo, creemos que el siguiente fragmento sintetiza cuál es el rol de los anarquistas en la Revolución Social e introduce el tema del próximo capítulo.

Nosotros nos hemos fijado la tarea de luchar contra la actual organización social y de abatir los obstáculos que se opongan al advenimiento de una nueva sociedad en la cual estén asegurados la libertad y el bienestar para todos. Para conseguir este fin nos unimos en un partido y tratamos de ser cada vez más numerosos y lo más fuertes que sea posible. Pero si lo único organizado fuera nuestro partido, si los trabajadores permanecieran aislados como otras tantas unidades indiferentes entre sí y sólo vinculados por la cadena común, si nosotros mismos, aparte de estar organizados en un partido en tanto somos anarquistas, no lo estuviésemos con los trabajadores en tanto somos trabajadores, no podríamos lograr nada, o, en el más favorable de los casos, sólo podríamos imponernos... y entonces ya no sería el triunfo del anarquismo, sino nuestro triunfo. Entonces, por más que nos llamáramos anarquistas, en realidad sólo seríamos simples gobernantes, y resultaríamos impotentes para el bien, como lo son todos los gobernantes.⁹⁰

90 *L'Agitazione*, 18 de junio de 1897.

La organización de los oprimidos

Como planteaba Malatesta en el capítulo anterior, no alcanza con la sola organización de los y las anarquistas en tanto que anarquistas. Para realizar una revolución que emancipe al pueblo, la misma debe ser realizada por el pueblo mismo. Por esto, es necesario que los y las anarquistas participemos de la organización de los y las oprimidos como tales. Son interesantes las reflexiones de Bakunin en torno a su participación de la Primera Internacional. Fundada entre los años 1863 y 1864, la Internacional contaba con una estructura organizativa que diferenciaba a las Secciones Centrales de las Secciones sindicales.

Las Secciones Centrales son meras agrupaciones ideológicas. Las Secciones Centrales son los centros activos y vivientes donde la nueva fe se mantiene, desarrolla y clarifica. Nadie se une a ellas en calidad de trabajador especializado de tal o cual gremio, ni con el propósito de formar algún sindicato particular. Quienes se unen a esas Secciones son trabajadores en general, que pretenden la emancipación general y la organización del trabajo y del nuevo mundo social basado en el trabajo. Los trabajadores miembros de estas secciones dejan tras sí su carácter de trabajadores especiales o «reales», presentándose ellos mismos a la organización como trabajadores «en general». ¿Trabajadores en qué? Trabajadores en favor de la idea, la propaganda y la organización del poderío económico y militante de la Internacional, trabajadores para la Revolución Social.

Las Secciones Centrales tienen un carácter completamente distinto al de las secciones sindicales, y son incluso diametralmente opuestas a ellas. Mientras estas últimas, siguiendo un curso natural de desarrollo, comienzan con el hecho para llegar a la idea, las Secciones Centrales, siguiendo el curso de su desarrollo ideal o abstracto, comienzan con la idea para llegar al hecho. Es evidente que, en comparación con el método realista o positivista de las secciones sindicales, el de las Secciones Centrales puede parecer artificial y abstracto. Esta forma de proceder, partiendo de la idea para llegar al hecho, es precisamente la utilizada por los idealistas de todas las escuelas, los teólogos y los metafísicos, cuya final impotencia se ha convertido en la actualidad en un dato histórico. El secreto de esta impotencia radica en la absoluta imposibilidad de llegar al hecho real y completo tomando la idea absoluta como punto de partida.⁹¹

Las Secciones Centrales serían incapaces por sí mismas para arrastrar a grandes masas de trabajadores. Si la Asociación Internacional de Trabajadores estuviera constituida sólo por Secciones Centrales, indudablemente no podría conseguir nunca ni una centésima parte del impresionante poder del que se enorgullece en la actualidad. Esas Secciones serían simplemente otras tantas academias de trabajadores donde se discutirían perpetuamente todas las cuestiones, incluyendo -claro está- la cuestión de la organización del trabajo, pero

91 *Política de la Alianza.*

sin hacer el más leve intento de llevarla a la práctica, ni tener siquiera la posibilidad de hacerlo...⁹²

...Si la Internacional estuviera constituida sólo por Secciones Centrales, quizá hubiese logrado ya formar conspiraciones para subvertir el orden de cosas vigente; pero tales conspiraciones estarían confinadas a la mera intención, pues resultarían demasiado impotentes para conseguir sus objetivos, al no ser capaces de atraer más que a un número muy reducido de trabajadores (los más inteligentes, enérgicos, convencidos y entregados). La gran mayoría, los millones de proletarios quedarían fuera de esas conspiraciones; pero para subvertir y destruir el orden político y social que ahora nos oprime, es necesario conseguir la cooperación de esos millones.

La aproximación empírica de los trabajadores a sus problemas. Sólo un pequeño número de individuos puede ser arrastrado por una idea abstracta y «pura». Los millones, las masas, no sólo del proletariado sino también de las clases instruidas y privilegiadas, sólo se mueven por el poder y la lógica de los «hechos», captando y previendo la mayor parte del tiempo sólo sus intereses inmediatos, o empujados únicamente por sus pasiones monetarias más o menos ciegas. Por consiguiente, para interesar y atraer a la totalidad del proletariado al trabajo de la Internacional, es necesario acercarse a ellos, no con ideas generales y abstractas, sino con una comprensión viva y tangible de sus problemas urgentes, de cuyos males esos trabajadores tienen conciencia de una manera concreta.⁹³

Las declaraciones concretas son el único modo eficaz de aproximarse a la gran masa de trabajadores. Se deduce, entonces, que para tocar el corazón y ganar la confianza, el asentimiento, la adhesión y la cooperación de las legiones iletradas del proletariado —y la gran mayoría de los proletarios pertenecen desgraciadamente a esta categoría— en vez de empezar a hablarles de los sufrimientos generales del proletariado internacional en su conjunto, conviene hablar de sus desgracias particulares, diarias y enteramente privadas. Es necesario hablarles de su propio oficio y de las condiciones de su trabajo en la localidad específica donde viven; o de las duras condiciones y las largas horas de su jornada diaria, de la pequeña paga, de la vileza de sus patrones, del alto coste de la vida, y de cómo les es imposible sacar adelante una familia.

Y al explicarles los medios para combatir esos males y mejorar su posición, no es en absoluto necesario hablarles primero de las reivindicaciones generales y revolucionarias que constituyen en la actualidad el programa de acción la Asociación Internacional de Trabajadores, como la abolición de la propiedad individual hereditaria, la colectivización de la propiedad, la abolición del derecho jurídico y del Estado, y su sustitución por la organización y libre federación de las asociaciones de productores. Es seguro que los trabajadores entenderán difícilmente todo esto. Y es posible que, al encontrarse ellos mismos bajo la influencia de las ideas religiosas, políticas y sociales que los gobiernos y los sacerdotes han tratado de inculcar en sus mentes, abandonen furiosos y desconfiados a cualquier propagandista imprudente que trate de convertirlos usando tales argumentos.

No; es preciso aproximarse a los trabajadores sólo por el camino de exponer ante ellos los medios de lucha cuya utilidad no pueda ser mal interpretada, que estén propensos a aceptar de acuerdo con los postulados de su buen sentido y de la experiencia cotidiana. Estos pri-

⁹² Íbid.

⁹³ Íbid.

meros medios elementales son, como ya hemos dicho, el establecimiento de una completa solidaridad con sus compañeros de trabajo en el taller, para defensa propia y en la lucha contra su amo común; y después la extensión de esta solidaridad a todos los trabajadores del mismo oficio y de la misma localidad para la lucha conjunta contra los patronos, es decir, su ingreso formal como miembros activos en la sección de su oficio afiliada a la Asociación Internacional de Trabajadores.⁹⁴

La cuestión económica, las condiciones de cada industria y las condiciones concretas de explotación de dicha industria por el capital, la íntima y particular solidaridad de necesidades, de sufrimientos, intereses y aspiraciones existentes entre todos los trabajadores miembros de la misma sección sindical: todo esto forma la verdadera base de su asociación. La idea viene después, como la explicación o expresión adecuada del desarrollo, y el reflejo mental de este hecho en la conciencia colectiva.

La solidaridad entre los miembros de los sindicatos tiene su arraigo en los hechos. Un trabajador no necesita una gran preparación intelectual para convertirse en un miembro de la sección sindical [de la Internacional] correspondiente a su oficio. Es un miembro de ella en el sentido más natural, incluso antes de tener conciencia de este hecho. Todo cuanto tiene que saber es que está siendo explotado hasta la muerte y que ese trabajo asesino, tan pobremente pagado como para no permitirle alimentar a su familia, enriquece a su patrón, lo cual significa que éste es su despiadado explotador, su incansable opresor, su enemigo, un amo a quien no debe sentimiento alguno salvo el odio y la rebeldía de un esclavo, que darán paso mucho después, tras haber vencido al patrón en la lucha final, a un sentido de justicia y a un sentimiento de hermandad hacia el antiguo patrón, convertido ahora en un hombre libre.

El trabajador debe también darse cuenta -y no le resulta difícil comprenderlo- que por sí mismo es impotente contra su amo, y que para no ser completamente aplastado por éste, debe, en primer lugar, unirse con sus compañeros de trabajo en el taller y ser leal con ellos en todas las luchas que surjan contra el amo.⁹⁵

[...]

La cristalización de una unión internacional con conciencia de clase. El obrero recién convertido que se afilia a una sección sindical de la Internacional aprende allí muchas cosas. Aprende que la misma solidaridad existente entre todos los miembros de esta sección ha sido establecida del mismo modo entre varias secciones, o entre todos los oficios de la misma localidad, y que es necesaria una organización más amplia de esta solidaridad, que comprenda a los trabajadores de todas las industrias, porque en todas las industrias los patronos actúan de común acuerdo para mantener el bajo nivel de vida de las personas forzadas a vivir vendiendo su trabajo. El nuevo miembro de la sección es educado en la idea de que esta doble solidaridad -primero la de los trabajadores de una misma industria, y luego la de todos los oficios organizados en varias secciones- no se limita a una localidad, sino que se extiende sobre las fronteras nacionales hasta abarcar todo el mundo del trabajo, el proletariado de todos los países, poderosamente organizado para su propia defensa, y para llevar adelante su guerra contra la explotación burguesa.⁹⁶

94 Íbid.

95 Íbid.

96 Íbid.

Al convertirse en un miembro de la Internacional, aprenderá -mucho más de lo que podrían enseñarle las explicaciones verbales de sus camaradas- a partir de su experiencia personal identificada desde ahora con las experiencias de los otros miembros de la sección. Los trabajadores de una rama pierden la paciencia ante la codicia de sus patronos y declaran una huelga. Pero una huelga es una dura experiencia para quienes viven de un salario. Ellos no hacen nada, pero sus familias, sus hijos y sus propios estómagos claman por la comida diaria. Los fondos de huelga, que se han reunidos con tanta dificultad, no son suficientes para sostenerlos durante muchas semanas, o incluso durante muchos días. Se encontrarán enfrentados al hambre o a la perspectiva de tener que someterse a las más duras condiciones impuestas por la codicia o el orgullo de sus patronos. Tendrán que aceptar esas condiciones si no les llega ayuda.

¿Pero quién les ofrecerá esta ayuda? Por supuesto, no la burguesía, que está coaligada contra los trabajadores; esa ayuda sólo puede proceder de los trabajadores de otras industrias y de otros países. Y he aquí que esta ayuda llega, traída o enviada por otras secciones de la Internacional, nacionales y extranjeras. Esta experiencia repetida con frecuencia muestra mejor que las palabras el benéfico poder de la solidaridad internacional en el mundo del trabajo.⁹⁷

No es necesaria ninguna condición ideológica para pertenecer a las secciones sindicales de la Internacional. Al trabajador que ingresa en una sección sindical de la Internacional no se le pregunta nada sobre sus principios religiosos y políticos. Sólo se le pregunta una cosa: ¿desea junto con los beneficios de la Asociación, su parte de obligaciones, en ocasiones muy arduas? ¿Está decidido a ser leal a la sección en lo bueno y en lo malo, en todas las vicisitudes de la lucha -en principio exclusivamente económica- sometiendo a partir de ese momento todos sus actos a las decisiones de la mayoría, mientras esas decisiones estén directa o indirectamente relacionadas con la lucha contra los patronos? En una palabra, la única solidaridad que se le ofrece como un beneficio, y al mismo tiempo se le inculca como una obligación, es la *solidaridad económica* en el sentido más amplio de la palabra.

Pero cuando esta solidaridad es seriamente aceptada y establecida, produce todo lo demás: los principios más sublimes y subversivos de la Internacional, los principios más destructivos de la religión, del derecho jurídico estatal, y de la autoridad divina y humana; en una palabra, las ideas más revolucionarias que desde una perspectiva socialista son el desarrollo natural necesario de esta solidaridad económica. Y la gran ventaja práctica de las secciones sindicales sobre las Secciones Centrales consiste exactamente en que este desarrollo y aquellos principios no son demostrados a los trabajadores por el razonamiento teórico, sino por la experiencia vívida y trágica de una lucha cada día más amplia, profunda y terrible, hasta el punto de que incluso el más ignorante, el menos preparado y el más sumiso de los trabajadores -llevado por las consecuencias mismas de la batalla- termina por convertirse en un revolucionario, anarquista y ateo, muy a menudo sin tener plena conciencia del proceso por el que ha llegado a esta postura.⁹⁸

Es evidente que sólo las secciones sindicales pueden dar a sus miembros esta educación práctica y, en consecuencia, que sólo ellas pueden atraer a la organización de la Internacional a las masas del proletariado, sin cuya cooperación práctica, como ya he dicho, la Revolución Social nunca será capaz de triunfar.⁹⁹

La Internacional no fue fundada por doctrinarios, sino por trabajadores socialistas. Si sólo existieran Secciones Centrales en la Internacional, serían como almas sin cuerpo, magnífi-

97 *Ibid.*

98 *Ibid.*

99 *Ibid.*

cos sueños de imposible realización. Afortunadamente, las Secciones Centrales, ramas del tronco básico constituido en Londres, no fueron fundadas por burgueses, ni por científicos profesionales, ni por hombres destacados en la actividad política, sino por trabajadores socialistas. Trabajadores -y aquí reside su gran ventaja sobre la burguesía- que gracias a su posición económica, gracias a estar alejados de la educación doctrinaria, clásica, idealista y metafísica que envenena las mentes de la juventud burguesa, están en posesión de mentes muy prácticas y positivas.

No se conforman con meras ideas; necesitan hechos, y sólo creen en ideas cuando están basadas en hechos. Esta afortunada circunstancia los sitúa en posición de escapar a los dos arrecifes donde se estrellan todos los intentos revolucionarios burgueses: las disputas académicas y las conspiraciones platónicas. Sobre esta cuestión el programa de la Asociación Internacional de Trabajadores propuesto en Londres y aceptado definitivamente en el Congreso de Ginebra (1866), al proclamar que *la emancipación económica de la clase obrera es el objetivo fundamental al cual deben subordinarse como simples medios todos los movimientos políticos, y que los esfuerzos hechos hasta ahora fracasaron por la falta de solidaridad entre los trabajadores de diversas profesiones en cada país y por la falta de una unión fraterna entre los trabajadores de los distintos países*, mostró claramente el único camino que podrían y deberían seguir.¹⁰⁰

Las fuerzas dinámicas de la Internacional: la lucha económica y la nueva filosofía social. La gran tarea que la Asociación Internacional de Trabajadores se ha propuesto, la tarea de la emancipación definitiva y completa de los trabajadores del yugo de todos los explotadores -de los patronos, de los poseedores de las materias primas y los medios de producción; en una palabra, de todos los representantes del capital- no es sólo un objetivo económico o puramente material. Es al mismo tiempo una tarea social, filosófica y moral; y a la vez... una alta tarea política, pero sólo en el sentido de la destrucción de toda la política mediante la abolición de los Estados.

Creemos que no es necesario demostrar que la emancipación económica de los trabajadores es imposible bajo la organización política, jurídica, religiosa y social dominante en la actualidad en la mayor parte de los países civilizados, y que por consiguiente para llevar esta tarea a completo término será necesario, destruir todas las instituciones existentes: el Estado, la Iglesia, los tribunales, los bancos, las universidades, la administración, el ejército y la policía, que no son sino fortalezas erigidas por las clases privilegiadas contra el proletariado. Y no es suficiente destruirlas en un país; deben ser destruidas en todos los países. Desde la formación de los Estados modernos en los siglos XVII y XVIII ha existido una creciente solidaridad entre esas instituciones -por encima de todas las fronteras nacionales- y una poderosa alianza internacional.

Por eso, la tarea que se ha propuesto la Asociación Internacional de Trabajadores es ni más ni menos que la completa liquidación del actual mundo político, religioso, jurídico y social, y su sustitución por un nuevo mundo económico, filosófico y social. Pero una empresa tan gigantesca no podría realizarse nunca si no hubiera al servicio de la Internacional dos palancas igualmente poderosas, igualmente gigantescas y complementarias. La primera es la creciente intensidad de las necesidades, sufrimientos y reivindicaciones económicas de las masas; la otra es la nueva filosofía social, una filosofía fuertemente realista y popular, basada

100 Íbid.

teóricamente sólo sobre la ciencia real -es decir, sobre una ciencia que es experimental y racional, y que al mismo tiempo no admite base alguna salvo los principios humanos (expresión de los instintos eternos de las masas) de igualdad, libertad y solidaridad universal.¹⁰¹

Por qué se eliminaron los principios políticos y antirreligiosos de la Internacional. Creemos que los fundadores de la Internacional actuaron muy sabiamente al eliminar de su programa todas las cuestiones políticas y religiosas. Sin duda, no carecían de opiniones políticas ni de muy claros puntos de vista antirreligiosos; pero se abstuvieron de introducirlos en este programa porque lo que intentaban por encima de todo, era unificar a las masas trabajadoras del mundo civilizado en una acción común. Debían encontrar por fuerza una base común, un conjunto de principios elementales a los que pudieran adherirse todos los trabajadores reales -esto es, todos los que sufrían una implacable explotación- prescindiendo de las aberraciones políticas y religiosas que todavía dominan en la mente de muchos de esos trabajadores.

Si los fundadores de la Internacional hubieran levantado la bandera de alguna escuela política o antirreligiosa, en lugar de unir a todos los trabajadores de Europa, los habrían dividido aún más de lo que están ahora. Así habría sucedido porque, ayudada por la ignorancia de las masas, la interesada y corrompida propaganda de los sacerdotes, gobernantes y partidos políticos burgueses en todas sus variedades -incluyendo las más rojas- ha logrado diseminar un gran número de falacias entre las masas del pueblo, y porque, desgraciadamente, esas masas ciegas se han dejado llevar a menudo por toda clase de falsedades cuyo único propósito es hacerlas servir voluntaria y estúpidamente los intereses de las clases privilegiadas en su propio detrimento.

En este terreno las diferencias en el grado de desarrollo industrial, político, mental y moral de las masas trabajadoras de diversos países son todavía demasiado grandes para poder unir las sobre la plataforma de un único programa político y antirreligioso. Hacer de esto una parte del programa de la Internacional, y establecerlo como una condición absoluta para quienes se afilian a ella sería pretender organizar una secta, no una asociación universal; y representaría la desintegración de la Internacional.¹⁰²

Una verdadera política popular. [...] Hasta ahora, desde el comienzo de la historia, no ha existido nunca una verdadera política del pueblo, y por «pueblo» queremos decir la gente de más baja condición en la vida, «el populacho», que sostiene al mundo entero con su trabajo. Hasta el presente, sólo las clases privilegiadas se han ocupado de la política. Esas clases se han servido de las proezas físicas del pueblo para derribarse unas a otras y tomar el puesto de los grupos derrocados. Por su parte, el pueblo tomó siempre partido en tales luchas, esperando vagamente que al menos una de esas revoluciones políticas -del todo imposibles sin el pueblo, pero jamás hechas en su beneficio- aliviara en alguna medida su pobreza y su esclavitud milenaria. Pero esas esperanzas siempre han acabado en la decepción. Incluso la gran Revolución Francesa engañó al pueblo; destruyó la nobleza aristocrática y colocó en su lugar a la burguesía. El pueblo ya no sería llamado esclavo o siervo; todos los hombres fueron declarados libres y en posesión de todos los derechos desde el nacimiento, pero la esclavitud y la pobreza populares siguieron siendo las mismas.

Y seguirán así para siempre mientras las masas trabajadoras sirvan como instrumentos de la política burguesa, llámese conservadora, liberal, progresista o radical, y aunque asuma

101 Íbid.

102 *Política de la Internacional.*

el tinte más revolucionario. Porque toda política burguesa, sea cual fuere su tinte o denominación, sólo tiene una intención: *mantener el dominio de la burguesía y la esclavitud del proletariado*.

La eliminación de la política burguesa. ¿Qué debía hacer la Internacional? Antes de nada, separar a las masas trabajadoras de cualquier clase de política burguesa, eliminar de su programa todos los programas políticos de la burguesía. Pero cuando se fundó no había otra clase de política en todo el mundo sino la política de la Iglesia, la monarquía, la aristocracia o la burguesía. Esta última -especialmente la política de la burguesía radical- era sin duda más liberal y humana que las otras, pero todas ellas estaban basadas igualmente sobre la explotación de las masas trabajadoras, y no tenían más propósito que mantener el monopolio de esta explotación. La Internacional tuvo entonces que empezar aclarando el terreno, y como toda clase de política -desde el punto de vista de la emancipación del trabajo- estaba viciada por la influencia de elementos reaccionarios la Internacional tuvo que expulsar de su seno todos los sistemas políticos conocidos para fundar sobre las ruinas del mundo burgués la verdadera política de los trabajadores, la política de la Asociación Internacional de Trabajadores.¹⁰³

La política de la Internacional. La Internacional no rechaza la política de una forma genérica; se verá obligada a intervenir en política mientras se encuentre forzada a luchar contra la burguesía. Rechaza solamente la política burguesa y la religión burguesa, porque una establece el depredador dominio de la burguesía, y la otra lo santifica y consagra.¹⁰⁴

No hay otro medio de liberar económica y políticamente al pueblo, ofreciéndole al mismo tiempo bienestar y libertad, que abolir el Estado, todos los Estados, y destruir de una vez por todas lo que hasta ahora se ha llamado *política*, que precisamente no es sino el funcionamiento y la manifestación externa e interna de la acción del Estado; es decir, el arte y la ciencia de dominar y explotar a las masas en favor de las clases privilegiadas.

En qué difiere la política de la Internacional y la de los partidos políticos. Por tanto, no es verdad que ignoremos por completo la política. No la ignoramos porque la queremos destruir definitivamente. Y éste es el punto especial que nos separa de los partidos políticos y de los radicales-socialistas burgueses. Su política consiste en hacer uso de la política estatal reformándola y transformándola, mientras nuestra política, la única que admitimos, es la total *abolición* del Estado y de la política que constituye su necesaria manifestación.

Sólo porque deseamos de una manera franca la abolición de estas políticas, creemos que tenemos derecho a llamarnos internacionalistas y socialistas revolucionarios; quien desee seguir una política de otro tipo y no tienda con nosotros a la abolición total de la política, debe aceptar la política del Estado, la política patriótica y burguesa; y esto significa condenar en nombre de su Estado nacional grande o pequeño la solidaridad humana de las naciones más allá de ese Estado particular, así como la emancipación económica y social de las masas dentro del Estado.¹⁰⁵

[...]

Lo que les falta a los trabajadores no es un sentido de la realidad o de la necesidad de sus aspiraciones socialistas, sino sólo un pensamiento socialista. Cada trabajador aspira en lo profundo de su corazón a una existencia plenamente humana en cuanto a su bienestar

103 Íbid.

104 *Carta circular a mis amigos de Italia*.

105 *Política de la Alianza*.

material y a su desarrollo intelectual; a una existencia basada sobre la justicia, es decir, sobre la igualdad y la libertad de cada uno y de todos en el trabajo. Pero, obviamente, este ideal no puede realizarse en el presente mundo político y social, basado sobre la injusticia y la cínica explotación del trabajo de las masas obreras. De ahí que todo trabajador consciente sea necesariamente un socialista revolucionario, tanto más cuanto que su emancipación sólo puede realizarse a través de la destrucción del sistema existente en la actualidad. O perece esta organización de la injusticia, con todo su despliegue de leyes inicuas e instituciones privilegiadas, o las masas trabajadoras seguirán condenadas a la esclavitud perpetua.¹⁰⁶

Este es el pensamiento socialista, cuyos gérmenes se encuentran en el instinto de cada trabajador consciente. La aspiración socialista consiste, entonces, en hacer a cada obrero plenamente consciente de lo que desea despertando en él una inteligencia que corresponda a su instinto, porque cuando la inteligencia de los trabajadores alcanza el nivel de su instinto, su voluntad cristaliza y su fuerza se hace irresistible.

¿Qué obstruye el desarrollo más rápido de esta saludable inteligencia entre las masas trabajadoras? Su ignorancia, y en gran medida los prejuicios políticos y religiosos con que las clases interesadas en mantenerlas en su ignorancia tratan de nublar su conciencia y su inteligencia natural. ¿Cómo puede disiparse esa ignorancia, cómo pueden destruirse esos desastrosos prejuicios? ¿Se conseguirá esto a través de la educación y la propaganda?¹⁰⁷

Ambos son, por supuesto, excelentes medios. Pero en la situación actual de las masas trabajadoras son insuficientes. El obrero aislado está tan abrumado por su trabajo y sus preocupaciones cotidianas que difícilmente dispone de tiempo alguno para la educación. Y a este respecto, ¿quién llevará a cabo esta propaganda? ¿Algún socialista sincero que proceda de las filas burguesas? Estos son sin duda gentes imbuidas de un generoso deseo, pero son demasiado poco numerosas para impartir a su propaganda el empuje necesario; y además, por su posición social pertenecen a un mundo diferente y no pueden ejercer la influencia adecuada sobre los trabajadores, sino que despiertan en ellos una desconfianza más o menos legítima.¹⁰⁸

«La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», dice el preámbulo de nuestro estatuto general. Y tiene mil veces razón al decirlo. Esta es la base principal de nuestra gran asociación. Pero el mundo de los trabajadores es en general ignorante, muestra una inocencia casi completa en relación con cualquier teoría. En consecuencia, sólo queda un camino, *el camino de la emancipación práctica*. ¿Cuál es y cuál debería ser el método?

Sólo hay un camino: la completa solidaridad en la lucha de los trabajadores contra los patronos; la organización y federación de las cajas de resistencia de los trabajadores.¹⁰⁹

[...]

Los principios generales permiten una amplia diversidad de programas dentro de su marco. En cuanto al modo de organizar la vida social, el trabajo y la propiedad colectiva, el programa de la Internacional no impone nada absoluto. La Internacional no tiene dogmas ni teorías uniformes. Como acontece con toda sociedad viviente y libre, en su seno se agitan muchas teorías diferentes. Pero acepta como base fundamental el desarrollo y la organiza-

106 Polica de la Internacional.

107 Íbid.

108 Íbid.

109 Íbid.

ción espontánea de todas las asociaciones y comunas en completa autonomía, a condición de que las asociaciones y las comunas tomen como base de su organización los principios generales antes mencionados, obligatorios para todos los que quieran militar en la Internacional. Para lo demás, la Internacional se apoya en el efecto saludable de la libre circulación y defensa de ideas, y en la identidad y el equilibrio natural de intereses.¹¹⁰

[...]

Mientras llega nuestra hora, continuemos reforzando y expandiendo cada vez más nuestro trabajo de propaganda. Es necesario que los trabajadores de todos los países, los campesinos de las aldeas y los obreros fabriles de las ciudades sepan los fines de la Asociación Internacional. Es necesario que entiendan que el único medio de emancipación es el triunfo de la Internacional; que la Internacional es la patria de todos los trabajadores oprimidos, su único refugio contra la explotación de la burguesía, la única fuerza capaz de derrocar su insolente poder.¹¹¹

Organicemos y amplíemos nuestra Asociación, pero al mismo tiempo no olvidemos fortalecerla, para que nuestra solidaridad -que es todo nuestro poder- pueda hacerse más real de día en día. Tengamos cada vez más solidaridad en el estudio, en el trabajo, en la acción pública, en la vida. Unamos nuestras fuerzas en empresas comunes para hacer la existencia algo más tolerable y menos difícil; formemos en todas partes, en la medida de lo posible, cooperativas de consumidores y de productores y sociedades de crédito mutuo que, aunque no puedan liberarnos de un modo adecuado y serio en las condiciones económicas presentes, son importantes en la medida en que entrenan a los trabajadores en la práctica de dirigir la economía y preparan los preciosos gérmenes para la organización del futuro.¹¹²

Propaganda y lucha económica. [...] La Internacional continuará propagando sus principios en la medida en que sus dogmas, al ser la expresión más pura de los intereses colectivos de los trabajadores en todo el mundo, constituyen el alma y la fuerza vital de la Asociación. Llevará adelante esta propaganda de una forma extensiva, sin tener en cuenta las susceptibilidades burguesas, de tal forma que cada trabajador -emergiendo del estado de sopor mental y moral en que se encuentra por los esfuerzos deliberados de las clases dirigentes- llegue a comprender la situación, conozca bien lo que debiera querer y bajo qué condiciones puede conquistar para sí los derechos de hombre.

La Internacional deberá continuar su propaganda cada vez más enérgica y sinceramente porque dentro de ella nos encontramos a menudo con influencias que, mostrando desdén por esos principios, tratan de apartarlos como teoría inútil, y se esfuerzan por hacer volver a los trabajadores al catecismo político, económico y religioso de la burguesía.

En definitiva, se expandirá y organizará sólidamente por encima de las fronteras de todos los países. Así, cuando la Revolución estalle, llevada por la fuerza natural de las circunstancias, existirá una fuerza real consciente de lo que debe hacer y capaz por eso de tomar las riendas de la Revolución e impartirla una dirección beneficiosa para el pueblo: una organización internacional sería de asociaciones obreras de todos los países, capaz de sustituir el mundo político en retirada de los Estados y la burguesía.

Terminaremos esta fiel presentación de la política de la Internacional citando el último párrafo del preámbulo de nuestros Estatutos Generales:

110 *Carta circular a mis amigos de Italia.*

111 *La doble huelga de Ginebra.*

112 *Ibid*

«El movimiento producido entre los trabajadores de los países más industrializados de Europa, inspirando nuevas esperanzas, nos hace una solemne advertencia para no recaer en los viejos errores».¹¹³

Malatesta también dedicó sus años de militancia a la organización de sindicatos. De su práctica, extrajo una serie de conclusiones sobre el carácter que deben tomar las organizaciones reivindicativo-sociales (en su caso, habla de los sindicatos y las cooperativas).

Hoy la fuerza más grande de transformación social es el movimiento obrero (movimiento sindical), y de su dirección depende, en gran parte, el curso que tomarán los acontecimientos y la meta a que llegará la próxima revolución. Por medio de las organizaciones, fundadas para la defensa de sus intereses, los trabajadores adquieren la conciencia de la opresión en que se encuentran y del antagonismo que los divide de sus patrones, comienzan a aspirar a una vida superior, se habitúan a la lucha colectiva y a la solidaridad y pueden llegar a conquistar aquellos mejoramientos que son compatibles con la persistencia del régimen capitalista y estatal. Después, cuando el conflicto se vuelve incurable, ocurre la revolución, o si no la reacción. Los anarquistas deben reconocer la utilidad y la importancia del movimiento sindical, deben favorecer su desarrollo y hacer de él una de las palancas de su acción, realizando todo lo posible para que ese movimiento, en cooperación con las otras fuerzas progresistas existentes, desemboque en una revolución social que lleve a la supresión de las clases, a la libertad total, a la igualdad, a la paz y a la solidaridad entre todos los seres humanos. Pero sería una grande y letal ilusión creer, como hacen muchos, que el movimiento obrero puede y debe por sí mismo, como consecuencia de su naturaleza misma, llevar a una revolución de esta clase. Al contrario, todos los movimientos fundados en los intereses materiales e inmediatos -y no se puede fundar sobre otras bases un vasto movimiento obrero-, si falta el fermento, el impulso, el trabajo concertado de los hombres de ideas, que combaten y se sacrifican en vistas de un porvenir ideal, tienden fatalmente a adaptarse a las circunstancias, fomentan el espíritu de conservación y el temor a los cambios en aquellos que logran obtener condiciones mejores, y terminan a menudo creando nuevas clases privilegiadas y sirviendo para sostener y consolidar el sistema que se desearía abatir.

De aquí la necesidad urgente de que existan organizaciones estrictamente anarquistas que tanto dentro como fuera de los sindicatos luchen para la realización integral del anarquismo y traten de esterilizar todos los gérmenes de degeneración y de reacción.

Pero es evidente que para conseguir sus fines las organizaciones anarquistas deben hallarse, en su constitución y funcionamiento, en armonía con los principios del anarquismo, es decir, no deben estar contaminadas de ninguna manera por el espíritu autoritario, tienen que saber conciliar, la libre acción de los individuos con la necesidad y el placer de la cooperación, servir para desarrollar la conciencia y la capacidad organizativa de sus miembros y constituir un medio educativo para el ambiente en que éstos actúan y una preparación moral y material para el porvenir que deseamos.¹¹⁴

Misión de los anarquistas es la de trabajar y reforzar las conciencias revolucionarias entre los organizados y permanecer en los sindicatos siempre como anarquistas.

113 *Política de la Internacional.*

114 *Il Risveglio*, 1-15 de octubre de 1927.

Es cierto que en muchos casos los sindicatos, por exigencias inmediatas, están obligados a transacciones y compromisos. Yo no los critico por eso, pero es justamente por tal razón que debo reconocer en los sindicatos una esencia reformista.

Los sindicatos cumplen una tarea de hermandad entre las masas proletarias y eliminan los conflictos que, en caso contrario, podrían producirse entre unos trabajadores y otros.

Mientras los sindicatos deben librar la lucha por la conquista de los beneficios inmediatos, y por lo demás es justo y humano que los trabajadores exijan mejoras, los revolucionarios sobrepasan también esto. Ellos luchan por la revolución expropiadora del capital y por el abatimiento del Estado, de todo Estado, como quiera que se llame.

Puesto que la esclavitud económica es fruto de la servidumbre política, para eliminar a una hay que abatir a la otra, aunque Marx decía lo contrario.

¿Por qué el campesino lleva trigo al patrón?

Porque está el gendarme que lo obliga a ello.

Por lo tanto, el sindicalismo no puede ser un fin en sí mismo, puesto que la lucha debe también librarse en el terreno político para extinguir al Estado.

Los anarquistas no quieren dominar la Unión Sindical Italiana; no lo querían ni siquiera en el caso de que todos los obreros adheridos a ella fueran anarquistas, ni se proponen asumir la responsabilidad de las negociaciones. Nosotros, que no queremos el poder, deseamos sólo las conciencias; son los que desean dominar los que prefieren tener ovejas para guiarlas mejor.

Preferimos obreros inteligentes, aunque fueran adversarios nuestros, más que anarquistas que sólo lo sean por seguirnos como un rebaño.

Queremos la libertad para todos; queremos que la revolución la haga la masa para la masa.

El hombre que piensa con su propio cerebro es preferible al que aprueba ciegamente todo. Por esto, como anarquistas, estamos en favor de la Unión Sindical Italiana, porque ésta desarrolla las conciencias de la masa. Vale más un error cometido con conciencia, creyendo hacer el bien, que una cosa buena hecha servilmente.¹¹⁵

Justamente porque estoy convencido de que los sindicatos pueden y deben ejercer una función utilísima, y quizás, necesaria, en el tránsito de la sociedad actual a la sociedad igualitaria, querría que se los juzgara en su justo valor y que se tuviese siempre presente su natural tendencia a transformarse en corporaciones cerradas que únicamente se proponen propugnar los intereses egoístas de la categoría, o, peor aún, sólo de los agremiados; así podremos combatir mejor tal tendencia e impedir que los sindicatos se transformen en órganos conservadores. Justamente porque reconozco la grandísima utilidad que pueden tener las cooperativas en lo que respecta a acostumbrar a los operarios a la gestión de sus asuntos y de su trabajo y a funcionar, al comienzo de la revolución, como órganos ya prontos para la organización de la distribución de los productos y servir como centros de atracción en torno de los cuales podrá reunirse la masa de la población, también combato el espíritu mercantilista que tiende naturalmente a desarrollarse en ellas y querría que estuvieran abiertas a todos, que no otorgasen ningún privilegio a sus socios y, sobre todo, que no se transformasen, como sucede con frecuencia, en verdaderas sociedades anónimas capitalistas que emplean y explotan a asalariados y especulan con las necesidades del público.

115 *Umanità Nova*, 14 de marzo de 1922.

A mi parecer, las cooperativas y los sindicatos tal como existen en el régimen capitalista no llevan *naturalmente*, por su fuerza intrínseca, a la emancipación humana -y éste es el punto en discusión-, sino que pueden producir el mal o el bien, ser órganos, hoy, de conservación o de transformación social, servir mañana a la reacción o a la revolución, según que se limiten a su función propia de defensores de los intereses inmediatos de los socios o estén animados y trabajados por el espíritu anarquista, que les hace olvidar los intereses en beneficio de los ideales. Y por espíritu anarquista entiendo ese sentimiento ampliamente humano que aspira al bien de todos, a la libertad y a la justicia para todos, a la solidaridad y al amor entre todos, y que no es dote exclusiva de los anarquistas propiamente dichos, sino que anima a todos los hombres de buen corazón y de inteligencia abierta...¹¹⁶

El movimiento obrero, pese a todos sus méritos y potencialidades, no puede ser por sí mismo un movimiento revolucionario, en el sentido de negación de las bases jurídicas y morales de la sociedad actual.

Puede, como toda nueva organización puede, en el espíritu de los iniciadores y en la letra de los estatutos, tener las más elevadas aspiraciones y los más radicales propósitos, pero si quiere ejercer la función propia del sindicato obrero, es decir, la defensa inmediata de los intereses de sus miembros, debe reconocer de hecho a las instituciones que ha negado en teoría, adaptarse a las circunstancias y tratar de obtener cada vez lo más posible, negociando y transigiendo con los patrones y el gobierno.

En una palabra, el sindicato obrero es, por su naturaleza misma, reformista y no revolucionario. El revolucionarismo debe introducirse en él por obra constante de los revolucionarios que actúan fuera y dentro de su seno, pero no puede ser la manifestación natural y normal de su función. Al contrario, los intereses reales e inmediatos de los obreros asociados, que el sindicato tiene la misión de defender, están con mucha frecuencia en pugna con las aspiraciones ideales y futurísticas; y el sindicato sólo puede hacer obra revolucionaria si está penetrado por el espíritu de sacrificio y en la proporción en que el ideal se ponga por encima del interés, es decir, sólo y en la medida en que cese de ser un sindicato económico y se transforme en un grupo político e idealista, cosa que no es posible en las grandes organizaciones que para actuar necesitan del consentimiento de la masa siempre más o menos egoísta, temerosa y retrógrada.

Y no es esto lo peor.

La sociedad capitalista está constituida de tal manera que, hablando en general, los intereses de cada clase, de cada grupo, de cada individuo son antagónicos con los de todas las demás clases, los demás grupos y, todos los otros individuos. Y en la práctica de la vida se verifican los más extraños entrelazamientos de armonías y de intereses entre clases y entre individuos que desde el punto de vista de la justicia social deberían ser siempre amigos o siempre enemigos. Y ocurre con frecuencia que, pese a la proclamada solidaridad proletaria, los intereses de un grupo de obreros se oponen a los de los demás y armonizan con los de un grupo de patrones; como ocurre también que, pese a la deseada hermandad internacional, los intereses reales de los operarios de un determinado país los vinculan con los capitalistas locales y los ponen en lucha contra los trabajadores extranjeros: sirvan de ejemplo las actitudes de las diversas organizaciones obreras frente a la cuestión de las tarifas aduaneras, y la parte voluntaria que las masas obreras toman en las guerras entre los Estados capitalistas.

116 *Umanità Nova*, 13 de abril de 1922.

No me extenderé citando muchos ejemplos de contrastes de intereses entre las diversas categorías de productores y de consumidores... el antagonismo entre ocupados y desocupados, entre hombres y mujeres, entre operarios nativos y operarios venidos del exterior, entre los trabajadores que usufructúan de un servicio público y los que trabajan en esos servicios, entre los que saben un oficio y los que desean aprenderlo, etcétera, etcétera.

Recordaré más especialmente el interés que tienen los obreros de la industria de lujo en la prosperidad de las clases ricas, y el de múltiples grupos de trabajadores de las diferentes localidades en que el “comercio” vaya bien, aunque a expensas de otras localidades y con daño de la producción útil para la masa. Y ¿qué decir de quienes trabajan en cosas dañinas para la sociedad y para los individuos, cuando no tienen otro modo de ganarse la vida? Id nomás, en tiempo ordinario, cuando no hay fe en una inminente revolución, id a persuadir a los trabajadores de los arsenales amenazados por la falta de trabajo a decirles que no pidan al gobierno la construcción de un nuevo acorazado. Y resolved, si podéis, con medios sindicales y haciendo justicia a todos, el conflicto entre los estibadores que no tienen otra manera de asegurarse la vida sino monopolizando el trabajo en ventaja, de aquellos que ya ejercen el oficio desde hace tiempo, y los recién llegados, los *temporarios*, que exigen su derecho al trabajo y a la vida.

Todo esto y tantas otras cosas que se podrían decir muestran que el movimiento obrero por sí mismo, sin el fermento del idealismo revolucionario contrastante con los intereses presentes e inmediatos de los obreros, sin el impulso y la crítica de los revolucionarios, lejos de llevar a la transformación de la sociedad en beneficio de todos, tiende a fomentar los egoísmos de grupo y a crear una clase de obreros privilegiada superpuesta a la gran masa de los desheredados.

Y esto explica el hecho general de que en todos los países las organizaciones obreras, a medida que crecieron y se robustecieron, se volvieron conservadoras y reaccionarias, y que los que consagraron sus esfuerzos al movimiento obrero con intenciones honestas y teniendo en vista una sociedad de bienestar y de justicia para todos, están condenados a un trabajo de Sísifo y deben recomenzar periódicamente desde el principio.¹¹⁷

Esto puede no ocurrir si hay espíritu de rebelión en la masa y una luz ideal ilumina y eleva a los obreros mejor dotados y más favorecidos por las circunstancias, que estarían en condiciones de constituir la nueva clase privilegiada. Pero es indudable que si se permanece en el terreno de la defensa de los intereses inmediatos, que es el terreno propio de los sindicatos, puesto que los intereses no son armónicos ni pueden armonizarse dentro del régimen capitalista, la lucha entre los trabajadores es un hecho natural y puede incluso, en ciertas circunstancias y entre ciertos grupos, volverse más encarnizada que entre los trabajadores y los explotadores.

Para convencerse de ello basta observar lo que son las mayores organizaciones obreras en los países en que existe mucha organización y poca propaganda o tradición revolucionaria.
[...]

Esto no es sindicalismo, lo sé muy bien; y los sindicalistas combaten continuamente contra esta tendencia de los sindicatos a transformarse en instrumentos de bajos egoísmos, y hacen con ello un trabajo utilísimo. Pero la tendencia existe y no se la puede corregir si no se excede la órbita de los métodos sindicalistas.

117 *Umanità Nova*, 6 de abril de 1922.

Los sindicalistas serán muy valiosos en el período revolucionario, pero con la condición de ser... lo menos sindicalistas posibles.¹¹⁸

No es cierto lo que pretenden los sindicalistas, cuando afirman que la organización obrera de hoy servirá para la sociedad futura y facilitará el tránsito del régimen burgués al régimen igualitario.

Esta es una idea que gozaba de favor entre los miembros de la Primera Internacional; y si mal no recuerdo, en los escritos de Bakunin se dice que la nueva sociedad se realizaría mediante el ingreso de todos los trabajadores en las Secciones de la Internacional.

Pero a mí esto me parece erróneo.

Los cuadros de las organizaciones obreras existentes corresponden a las condiciones actuales de la vida económica tal como resultó de la evolución histórica y de la imposición del capitalismo. Y la nueva sociedad no puede realizarse sino rompiendo aquellos cuadros y creando organismos nuevos correspondientes a las nuevas condiciones y a los nuevos fines sociales.

Los obreros están hoy agrupados según los oficios que ejercen, las industrias en las que trabajan, según los patronos contra los que deben luchar o las firmas comerciales a las que están vinculados. ¿De qué servirían estos agrupamientos, cuando una vez suprimidos los patronos y trastornadas las relaciones comerciales deban desaparecer buena parte de los oficios y de las industrias actuales, algunos definitivamente porque son inútiles y dañinos, y otros en forma temporaria porque serán útiles en el porvenir, pero no tendrán razón de ser ni posibilidad de vida en el período tormentoso de la crisis social? [...]

Las organizaciones obreras, especialmente en su forma cooperativista -que, por otra parte, en el régimen capitalista tiende a descabezar la resistencia obrera-, pueden servir por cierto para desarrollar en los trabajadores las capacidades técnicas y administrativas, pero en tiempo de revolución y para la reorganización social deben desaparecer y fundirse con las nuevas agrupaciones populares que las circunstancias requieran. Y es tarea de los revolucionarios tratar de impedir que en ellas se desarrolle ese espíritu de cuerpo que las convertiría en un obstáculo para la satisfacción de las nuevas necesidades sociales.

Por lo tanto, en mi opinión, el movimiento obrero es un medio que podemos emplear hoy para la elevación y la educación de las masas, y mañana para el inevitable choque revolucionario. Pero es un medio que tiene sus inconvenientes y sus peligros. Y nosotros los anarquistas debemos empeñarnos en neutralizar los inconvenientes, conjurar los peligros y utilizar lo más que se pueda el movimiento para nuestros fines.

Esto no requiere decir que deseemos, como se ha dicho, poner al movimiento obrero al servicio de nuestro partido. Por cierto nos contentaríamos con que *todos* los obreros, todos los hombres fuesen anarquistas, lo cual constituye el límite extremo a que tiende idealmente todo propagandista; pero entonces el anarquismo sería un hecho y ya no tendrían lugar ni motivo estas discusiones.

En el estado actual de las cosas querríamos que el movimiento obrero, abierto a todas las propagandas idealistas y parte constitutiva de todos los hechos de la vida social, económicos, políticos y morales, viva y se desarrolle libre de toda dominación de los partidos, tanto del nuestro como de los demás.¹¹⁹

118 *Umanità Nova*, 13 de abril de 1922.

119 *Umanità Nova*, 6 de abril de 1922.

Hay muchos compañeros que aspiran a unificar el movimiento obrero y el movimiento anarquista, y donde pueden, como por ejemplo en España y en la Argentina e incluso un poco en Italia, en Francia, en Alemania, etcétera, tratan de dar a las organizaciones obreras un programa netamente anarquista. Son los que se llaman “anarco-sindicalistas”, o, confundiendo con otros que no son verdaderamente anarquistas, toman el nombre de “sindicalistas revolucionarios”.

Es necesario explicar qué se entiende por “sindicalismo”.

Si se trata del porvenir deseado, es decir, si por sindicalismo se entiende la forma de organización social que debería sustituir a la organización capitalista y estatal, entonces o es lo mismo que anarquismo, y consiste por lo tanto en una palabra que sólo sirve para confundir las ideas, o es una cosa distinta del anarquismo, y entonces no la pueden aceptar los anarquistas. De hecho, entre las ideas y los propósitos futurísticos expuestos por uno u otro sindicalista hay algunos auténticamente anarquistas, pero también otros que reproducen con distintos nombres y diversas modalidades la estructura autoritaria que es causa de los males que hoy lamentamos, y, por lo tanto, no tienen nada que ver con el anarquismo.

Pero no me propongo ocuparme aquí del sindicalismo como sistema social, puesto que no es eso lo que puede determinar la acción actual de los anarquistas respecto del movimiento obrero.

Aquí se trata del movimiento obrero en el régimen capitalista y estatal y se incluyen en el nombre de sindicalismo todas las organizaciones obreras, todos los “sindicatos” constituidos para resistir a la opresión de los patrones y disminuir o anular la explotación del trabajo humano por parte de quienes detentan las materias primas y los instrumentos de trabajo.

Ahora bien, yo digo que esas organizaciones no pueden ser anárquicas y no está bien pretender que lo sean, porque si así fuese no servirían a su fin ni a los que se proponen los anarquistas al participar en ellos.

El sindicato está hecho para defender los intereses actuales de los trabajadores y mejorar su situación en la medida de lo posible antes de que estemos en condiciones de hacer la revolución y transformar con ella a los actuales asalariados en trabajadores libres, libremente asociados en beneficio de todos.

Para que el sindicato pueda servir a su propio fin y, al mismo tiempo, ser un medio de educación y un campo de propaganda para una futura transformación social radical, es necesario que reúna a todos los trabajadores, o por lo menos a todos los que aspiren a mejorar sus condiciones de vida y que sean susceptibles de capacitarse para alguna forma de resistencia contra los patrones. ¿Se quiere quizás esperar a que los trabajadores se vuelvan anarquistas antes de invitarlos a organizarse y antes de admitirlos en la organización, invirtiendo así el orden natural de la propaganda y del desarrollo psicológico de los individuos y haciendo la organización de resistencia cuando ya no habría necesidad de ella, porque la masa sería capaz de hacer la revolución? En este caso el sindicato constituiría el duplicado del grupo anárquico y sería impotente para obtener mejoras y para hacer la revolución. La alternativa consiste en tener redactado un programa anarquista y contentarse con una adhesión formal, inconsciente, y reunir así gente que seguiría como un rebaño a los organizadores para dispersarse luego o pasarse al enemigo en la primera ocasión en que fuera necesario mostrar que uno es anarquista en serio.

El sindicalismo (entendiendo el sindicalismo práctico y no el teórico que cada uno se imagina a su manera) es por su naturaleza misma reformista. Todo lo que se puede esperar de él es

que las reformas que pretende y consigue sean tales y que las sostenga de modo que sirvan para la educación y la preparación revolucionaria y dejen abierto el camino a exigencias cada vez mayores.

Toda fusión o confusión entre el movimiento anarquista y revolucionario y el movimiento sindicalista termina haciendo impotente al sindicato para su finalidad específica, o atenuando, falseando y aniquilando el espíritu anarquista.

El sindicato puede surgir con un programa socialista, revolucionario o anarquista; más aún, con programas de este tipo como nacen generalmente las diversas organizaciones obreras. Pero éstas permanecen fieles al programa mientras son débiles e impotentes, es decir, mientras constituyen, más que organismos aptos para una acción eficaz, grupos de propaganda iniciados y animados por unos pocos hombres entusiastas y convencidos; pero luego, a medida que logran atraer a su seno a la masa y adquirir la fuerza para exigir e imponer mejoramientos, el programa primitivo se transforma en una fórmula vacía de la cual ya nadie se preocupa, la táctica se adapta a las necesidades contingentes, y los entusiastas de la primera hora se adaptan ellos mismos o deben ceder su lugar a los hombres "prácticos", que se preocupan del hoy sin que les interese el mañana.

Por cierto, hay compañeros que aun estando en las primeras filas del movimiento sindical siguen siendo sincera y entusiastamente anarquistas, así como hay agrupamientos obreros que se inspiran en las ideas anarquistas. Pero sería una crítica demasiado fácil ir buscando los mil casos en que aquellos hombres y agrupamientos se ponen en la práctica cotidiana en contradicción con las ideas anarquistas. ¿La dura necesidad? De acuerdo. No se puede hacer anarquismo puro cuando uno está obligado a tratar con los patrones y las autoridades; no se puede dejar que las masas procedan por sí mismas cuando se rehúsan a hacerlo y piden, exigen jefes. Pero ¿por qué confundir al anarquismo con lo que no es, y asumir nosotros, en cuanto anarquistas, la responsabilidad de las transacciones y de las adaptaciones necesarias, justamente por el hecho de que la masa no es anarquista, ni siquiera aunque pertenezca a una organización que ha incluido el programa en sus estatutos?

A mi parecer los anarquistas no deben querer que los sindicatos sean anarquistas, pero deben actuar en su seno en favor de los fines anarquistas, como individuos, como grupos y como federaciones de grupos. De la misma manera en que existen, o en que deberían existir grupos de estudio y de discusión, grupos para la propaganda escrita u oral en medio del público, grupos cooperativos, grupos que actúan en las oficinas, en el campo, en los cuarteles, en las escuelas, etcétera, también se deberían formar grupos especiales en las diversas organizaciones que hacen la lucha de clases.

Naturalmente, el ideal sería que todos fueran anarquistas y que las organizaciones funcionaran de una manera anárquica; pero está claro que entonces no sería necesario organizarse para la lucha contra los patrones, porque ya no los habría. Vistas las circunstancias tal cual son, visto el grado de desarrollo de las masas en medio de las cuales se trabaja, los grupos anarquistas no deberían pretender que las organizaciones actuaran como si fueran anarquistas, sino que deberían esforzarse para que éstas se aproximaran lo más posible a la táctica anarquista. Si para la vida de la organización y las necesidades y la voluntad de los organizadores es incluso necesario transigir, ceder, tener contacto impuro con la autoridad y con los patrones, que así se haga; pero que lo hagan otros y no los anarquistas, cuya misión es la de mostrar las insuficiencias y la precariedad de todas las mejoras que se pueden obtener en el régimen capitalista y de impulsar a la lucha hacia soluciones cada vez más radicales.

Los anarquistas en los sindicatos deberían luchar para que éstos permanezcan abiertos a todos los trabajadores cualquiera sea su opinión y partido, con la sola condición de la solidaridad en la lucha contra los patrones; deberían oponerse al espíritu corporativo y a cualquier pretensión de monopolio de la organización y del trabajo. Deberían impedir que los sindicatos sirvan de instrumentos a los politiqueros para fines electorales u otros propósitos autoritarios, y practicar y predicar la acción directa, la descentralización, la autonomía, la libre iniciativa; deberían esforzarse para que los organizados aprendan a participar directamente en la vida de la organización y a no tener necesidad de jefes y de funcionarios permanentes.

Deberían, en síntesis, seguir siendo anarquistas, mantenerse siempre en entendimiento con los anarquistas y recordar que la organización obrera no es el fin, sino simplemente uno de los medios, por importante que sea, para preparar el advenimiento de la anarquía.¹²⁰

No hay que confundir el “sindicalismo”, que quiere ser una doctrina y un método para resolver la cuestión social, con la promoción, la existencia y las actividades de los sindicatos obreros...

Para nosotros no tiene gran importancia que los trabajadores quieran más o menos; lo importante es que lo que quieren traten de conquistarlo por sí mismos, con sus fuerzas, con su *acción directa* contra los capitalistas y el gobierno.

Una pequeña mejora arrancada con la propia fuerza vale más, por sus efectos morales, y a la larga incluso por sus efectos materiales, que una gran reforma concedida por el gobierno o los capitalistas con fines astutos, o aun pura y simplemente por benevolencia.¹²¹

Nosotros hemos comprendido siempre la gran importancia del movimiento obrero y la necesidad de que los anarquistas formen una parte activa y propulsora de éste. Y a menudo ha sido por iniciativa de compañeros nuestros que se constituyeron agrupamientos más vivos y más progresistas. Siempre hemos pensado que el sindicato es hoy un medio para que los trabajadores comiencen a comprender su posición de esclavos, a desear la emancipación y a habituarse a la solidaridad con todos los oprimidos en la lucha contra los opresores y mañana servirá como primer núcleo necesario para la continuidad de la vida social y para reorganizar la producción sin patrones ni parásitos.

Pero siempre hemos discutido, y a menudo disentido, respecto de los modos en que debía desplegarse la acción anarquista en las relaciones con la organización de los trabajadores.

¿Era necesario entrar en los sindicatos o permanecer fuera de ellos, aun tomando parte en todas las agitaciones, y tratar de darles el carácter más radical posible y mostrarse en primera línea en la acción y en los peligros?

Y sobre todo, ¿era necesario o no que dentro de los sindicatos los anarquistas aceptaran cargos directivos y se prestaran, por lo tanto, a las transacciones, los compromisos, las adaptaciones, las relaciones con las autoridades y con los patrones a las que esos organismos deben adaptarse, por voluntad de los mismos trabajadores y por su interés inmediato, en las luchas cotidianas, cuando no se trata de hacer la revolución sino de obtener mejoramientos o defender los ya conseguidos?

En los dos años que siguieron a la paz hasta las vísperas del triunfo de la reacción por obra del fascismo nos hemos encontrado en una situación singular.

120 *Pensiero e Volontà*, 16 de abril de 1925.

121 *Umanità Nova*, 6 de abril de 1922.

La revolución parecía inminente, y existían de hecho todas las condiciones materiales y espirituales para que fuese posible y necesaria.

Pero a nosotros, los anarquistas, nos faltaban en gran medida las fuerzas necesarias para hacer la revolución con métodos y hombres exclusivamente nuestros: necesitábamos las masas, y las masas estaban por cierto dispuestas a la acción, pero no eran anarquistas. Además, una revolución hecha sin la ayuda de las masas, aunque hubiera sido posible, no habría podido dar origen sino a una nueva dominación, la cual, aunque la ejercitaran anarquistas, habría sido siempre la negación del anarquismo y corrompido a los nuevos dominadores, para terminar con la restauración del orden estatal y capitalista.

Retirarse de la lucha, abstenerse porque no podíamos hacer exactamente lo que queríamos, habría equivalido a renunciar a toda posibilidad presente o futura, a toda esperanza de desarrollar el movimiento en la dirección que deseábamos, y denunciar no sólo por aquella vez, sino para siempre, porque no habrá nunca masas anarquistas antes de que la sociedad se haya transformado económica y políticamente, y la misma situación volverá a presentarse todas las veces que las circunstancias hagan posible una tentativa revolucionaria.

Será necesario, por lo tanto, ganar a cualquier costo la confianza de las masas, ponerse en situación de poderlas impulsar a salir a la calle, y para esto parecía útil conquistar cargos directivos en las organizaciones obreras. Todos los peligros de domesticación y de corrupción pasaban a segundo lugar, y además se suponía que no tendrían tiempo de producirse.

Por ende, se llegó a la conclusión de dejar a cada uno en libertad de manejarse según las circunstancias o como creyese mejor, a condición de no olvidar nunca que era anarquista y de guiarse siempre por el interés superior de la causa anarquista.

Pero ahora, después de las últimas experiencias, y vista la situación actual... me parece que conviene volver sobre la cuestión y ver si no es oportuno modificar la táctica respecto de este punto importantísimo de nuestra actividad.

A mi parecer, hay que entrar en los sindicatos, porque si se permanece fuera se nos verá como enemigos, se considerará nuestra crítica con suspicacia, y en los momentos de agitación se nos tendrá por intrusos y se recibirá de mala gana nuestra ayuda.

Y en cuanto a solicitar y aceptar nosotros mismos el puesto de dirigentes, creo que en líneas generales y en tiempos calmos es mejor evitarlo. Pienso sin embargo que el daño y el peligro no residen tanto en el hecho de ocupar un puesto directivo -cosa que en ciertas circunstancias puede ser útil e incluso necesaria- sino en el perpetuarse en ese puesto. Sería necesario a mi juicio, que el personal dirigente se renovase lo más a menudo posible, sea para capacitar a un número mucho mayor de trabajadores en las funciones administrativas, sea para impedir que el trabajo de organizar se transforme en un oficio que induzca a quienes lo realizan a llevar a las luchas obreras la preocupación de no perder el empleo.

Y todo esto no sólo en interés actual de la lucha y de la educación de los trabajadores, sino también, y sobre todo, con miras al desarrollo de la revolución después que ésta se inicie.

Los anarquistas se oponen con justa razón al comunismo autoritario, que supone un gobierno que al querer dirigir toda la vida social y poner la organización de la producción, y la distribución de las riquezas bajo los órdenes de sus funcionarios, no puede dejar de producir la más odiosa tiranía y la paralización de todas las fuerzas vivas de la sociedad.

Los sindicalistas, aparentemente de acuerdo con los anarquistas en la aversión al centralismo estatal, quieren prescindir del gobierno sustituyéndolo por los sindicatos, y dicen que son éstos los que deben apoderarse de las riquezas, requisar los víveres, distribuirlos,

organizar la producción y el intercambio. Y yo no vería inconveniente en ello cuando los sindicatos abriesen de par en par las puertas a toda la población y dejaran a los disidentes en libertad para actuar y tomar su parte.

Pero esta expropiación y esta distribución no pueden hacerse tumultuariamente en la práctica, no las puede realizar la masa aunque esté agrupada en sindicatos, sin producir un desperdicio funesto de riquezas y el sacrificio de los más débiles por obra de los más fuertes y brutales; y menos aún se podrían establecer en masa los acuerdos entre las diversas localidades y los intercambios entre las distintas corporaciones de productores. Sería necesario, por lo tanto, proveer a ello por medio de deliberaciones realizadas en asambleas populares por grupos e individuos que se ofrezcan voluntariamente o a los que se designe en forma regular.

Ahora bien, si existe un número restringido de individuos que por el largo hábito son considerados jefes de los sindicatos, y existen secretarios permanentes y organizadores oficiales, serán ellos los que se encontrarán automáticamente encargados de organizar la revolución, y tenderán a considerar como intrusos e irresponsables a los que quieran tomar iniciativas independientes de ellos, y desearán, aunque sea con las mejores intenciones, imponer su voluntad, incluso con la fuerza.

Entonces el *régimen sindicalista* se transformaría pronto en la misma mentira y la misma tiranía en que se transformó la así llamada *dictadura del proletariado*. El remedio contra este peligro y la condición para que la revolución resulte verdaderamente emancipadora residen en formar un gran número de individuos capaces de iniciativa y de tareas prácticas, en habituar a las masas a no abandonar la causa de todos en manos de cualquiera y a delegar, cuando la delegación es necesaria, sólo para cargos determinados y por tiempo limitado. Y para crear tal situación y tal espíritu el medio más eficaz es el sindicato, si está organizado y manejado con métodos verdaderamente libertarios.¹²²

[La Unión de los trabajadores nació de la] necesidad de proveer a las carencias actuales, del deseo de mejorar las propias condiciones y de defenderse contra los posibles empeoramientos; nació el sindicato obrero, que es la unión de quienes, privados de los medios de trabajo y obligados por lo tanto para vivir a dejarse explotar por quien posee esos medios, buscan en la solidaridad con sus compañeros de pena la fuerza necesaria para luchar contra los explotadores. Y en este terreno de la lucha económica, es decir, de la lucha contra la explotación capitalista, habría sido posible y fácil llegar a la unidad de la clase de los proletarios contra la clase de los propietarios.

Pero ocurre que los partidos políticos, que por lo demás han sido a menudo los que originaron y animaron en un principio el movimiento sindical, quisieron servirse de las asociaciones obreras como campo de reclutamiento y como instrumentos para sus fines especiales, de revolución o de conservación social. De ahí las divisiones entre la clase obrera organizada en diversos agrupamientos bajo la inspiración de los distintos partidos. De ahí el propósito de quienes quieren la unidad y tratan de sustraer a los sindicatos de la tutela de los partidos políticos.

Sin embargo, en este afirmado propósito de sustraerse a la influencia de los partidos políticos, de “excluir la política de los sindicatos”, se esconde un equívoco y una mentira.

122 *Fedel*, 30 de septiembre de 1922.

Si por política se entiende lo que respecta a la organización de las relaciones humanas y, más especialmente, las relaciones libres o forzadas entre ciudadanos y la existencia o no de un “gobierno” que asuma en sí los poderes públicos y se sirva de la fuerza social para imponer la propia voluntad y defender los intereses de sí mismo y de la clase de que emana, es evidente que esa política entra en todas las manifestaciones de la vida social, y que una organización obrera no puede ser realmente independiente de los partidos, salvo transformándose ella misma en un partido.

Es por lo tanto vano esperar, y para mí estaría mal desear, que se excluya a la política de los sindicatos, puesto que toda cuestión económica de alguna importancia se transforma automáticamente en una cuestión política, y es en el terreno político, es decir con la lucha entre gobernantes y gobernados, donde se deberá resolver en definitiva la cuestión de la emancipación de los trabajadores y de la libertad humana.

Y es natural, y está claro, que debe ser así.

Los capitalistas suelen mantener la lucha en el terreno económico mientras los obreros exijan mejoras pequeñas y generalmente ilusorias, pero ni bien ven disminuido su beneficio y amenazada la existencia misma de sus privilegios apelan al gobierno, y si éste no se muestra suficientemente solícito y fuerte en defenderlos, como ocurrió en los recientes casos de Italia y de España, emplean sus riquezas para financiar nuevas fuerzas represivas y constituir un nuevo gobierno que pueda servirles mejor.

Por lo tanto, las organizaciones obreras deben necesariamente proponerse una línea de conducta frente a la acción actual o potencial de los gobiernos.

Se puede aceptar el orden constituido, reconocer la legitimidad del privilegio económico o del gobierno que lo defiende, o contentarse con maniobrar entre las diversas fracciones burguesas para obtener alguna mejora, como ocurre en las grandes organizaciones no animadas por un elevado ideal, como la Federación Norteamericana del Trabajo y buena parte de las Uniones inglesas, y entonces uno se transforma en la práctica en instrumento de los propios opresores y renuncia a la propia liberación de la servidumbre.

Pero si se aspira a la emancipación integral, o incluso si se desean sólo mejoras definitivas que no dependan de la voluntad de los patrones y de las alternativas del mercado, no existen sino dos caminos para liberarse de la amenaza gubernativa. O apoderarse del gobierno y dirigir los poderes públicos, la fuerza de la colectividad aferrada y coartada por los gobernantes, a la supresión del sistema capitalista; o debilitar y destruir el gobierno para dejar que los interesados, los trabajadores, todos aquellos que de alguna manera concurren con el trabajo manual e intelectual al mantenimiento de la vida social, queden en libertad para proveer a las necesidades individuales y sociales de la manera que mejor consideren, excluido el derecho y la posibilidad de imponer con la violencia la voluntad de unos sobre otros.

Ahora bien, ¿cómo hacer para mantener la unidad cuando existen quienes desean servirse de la fuerza de la asociación para llegar al gobierno, y quienes creen que todo gobierno es necesariamente opresor y nefasto y, por lo tanto, desean encaminar esa misma asociación hacia la lucha contra toda institución autoritaria presente o futura? ¿Cómo mantener juntos a los socialdemócratas, los comunistas de Estado y los anarquistas?

He aquí el problema. Problema que se puede eludir en ciertos momentos, en ocasión de una lucha concreta que reúna a todos los hombres, o por lo menos a una gran masa, en un interés y un deseo comunes, pero que resurge siempre y no es fácil de resolver mientras existan condiciones de violencia y diversidad de opinión sobre el modo de resistir a la violencia.

El método democrático, es decir, el consistente en dejar que decida la mayoría y “mantener la disciplina” no decide la cuestión, porque también él es una mentira y no lo patrocinan sinceramente sino los que tienen o creen tener la mayoría. Dejando de lado el hecho de que “la mayoría” es siempre, por lo demás, la de los dirigentes y no la de la masa, cuyos deseos generalmente se ignoran o se falsifican, no se puede pretender, ni siquiera desear, que quien está profundamente convencido de que la mayoría sigue un camino desastroso, sacrifique sus propias convicciones y asista pasivamente o, peor aún, aporte su ayuda a lo que considera un mal.

La afirmación de que hay que dejar hacer y tratar de conquistar a su vez el consenso de la mayoría, se parece al sistema que se utiliza entre los militares: “sufrá la pena y luego reclame”, y es un sistema inaceptable cuando lo que hoy se hace destruye la posibilidad de proceder mañana de otra manera.

Hay cuestiones en las cuales conviene adaptarse a la voluntad de la mayoría porque el daño de la división sería mayor que el que derivaría de un determinado error; hay circunstancias en que la disciplina se vuelve un deber porque el faltar a ella sería faltar a la solidaridad entre los oprimidos y significaría traición frente al enemigo. Pero cuando uno está convencido de que la organización toma un camino que compromete el porvenir y hace difícil remediar el mal producido, entonces es un deber rebelarse y oponerse, aun a riesgo de provocar una escisión.

Pero entonces, ¿cuál es la vía de salida de estas dificultades, y cuál es la conducta que deberían seguir los anarquistas en esta cuestión?

Para mí el remedio sería: entendimiento general y solidaridad en las luchas puramente económicas; autonomía completa de los individuos y de los diversos agrupamientos en las luchas políticas.

Pero ¿es posible ver a tiempo dónde la lucha económica se transforma en lucha política? Y ¿hay luchas económicas importantes que la intervención del gobierno no vuelva políticas desde el principio?

De todos modos, nosotros los anarquistas deberíamos llevar nuestra actividad a todas las organizaciones para predicar en ellas la unión entre todos los trabajadores, la descentralización, la libertad de iniciativa, en el cuadro común de la solidaridad contra los patrones.

Y no debemos dar mucha importancia al hecho de que la manía de centralización y autoritarismo de uno, y la intolerancia de otro a toda disciplina, incluso la razonable, lleve a nuevos fraccionamientos, pues si la organización de los trabajadores es una necesidad primordial para las luchas de hoy y para la realización de mañana, no tiene gran importancia la existencia y la duración de esta o aquella determinada organización. Lo esencial es que se desarrolle el espíritu de organización, el sentimiento de solidaridad, la convicción de la necesidad de cooperar fraternalmente para combatir a los opresores y realizar una sociedad en la que todos podamos gozar de una vida, verdaderamente humana.¹²³

123 *Pensiero e Volontá*, 16 de febrero de 1925.

Índice

Presentación.	Página 5
Capítulo 1. Crítica a la sociedad existente.	Página 7
Capítulo 2. La revolución anarquista.	Página 23
Capítulo 3. La organización de los anarquistas.	Página 41
Capítulo 4. La organización de los oprimidos.	Página 49

